LA ECONOMÍA COMO CIENCIA PRÁCTICA

El fin de este artículo es transmitir de un modo sintético y ordenado las conclusiones de una serie de estudios que nos ocupan desde hace varios años. Las mismas han sido expresadas previamente en otros trabajos que han enfocado aspectos particulares del análisis filosófico de la realidad económica. Acá trataremos de hacer una exposición del estado actual de la cuestión.

Ante todo, debemos aclarar que el concepto de ciencia práctica al que nos referimos aquí es el aristotélico, en interpretaciones como las de Wilhelm Hennis, Enrico Berti, Otto Brunner, Werner Conze, Helmut Kuhn, Joachim Ritter o Leo Strauss. No adherimos a las posturas que, aun perteneciendo al llamado movimiento de «rehabilitación de la ciencia práctica», son de corte kantiano o consensualista, como en los casos de Karl-Heinz Ilting, Manfred Riedel, Annemarie Pieper, Oswald Schwemmer y Paul Lorenzen. Tampoco entendemos por conocimiento práctico «el saber acumulado o incorporado a hábitos, formas de ser, capacidades o costumbres», según la idea de John Rawls, Michael Oakeshott o Michael Polanyi, expresada por John Gray: un concepto más bien de tipo sociológico[1]. Pensamos que dentro de lo todo positivo del movimiento de rehabilitación de la ciencia práctica, los pensadores aristotélicos son los máximamente rescatables y destacables, porque, al haber superado la sospecha respecto a la metafísica, la ética racional y los valores, aportan una solución real a la cuestión de la fundación valorativa racional de la ciencia de las cosas humanas, es decir, realizan una verdadera rehabilitación de la ciencia práctica[2].

Aunque quizás pueda chocar, la expresión «la economía como ciencia práctica» no es una originalidad. Kenneth Boulding, bien conocido para los economistas, tituló «Economics as a Moral Science» un famoso artículo que escribió hace algunos años[3]. También Albert Hirschman, berlinés que pasó por la Sorbona, la London School of Economics, Trieste y Columbia y que ahora es profesor en Princeton, a-

[1] Cfr. J. GRAY, *Liberalismo*, Alianza, Madrid 1994, p. 101.

[2] Cfr. E. BERTI, «La razionalità pratica tra scienza e filosofia», en ID., *Le vie della ragione*, Il Mulino, Bologna 1987, pp. 55-76; y R. CRESPO, «Nota acerca de las precisiones tomistas al concepto aristotélico de ciencia práctica y la noción contemporánea de ciencias sociales»: *Sapientia* XLIX (1994); «El concepto amplio de ciencia en Aristóteles y las ciencias sociales contemporáneas», en *II Simposio de Epistemología y Metodología en Ciencias Humanas y Sociales*, Facultad de Filosofía y Letraas de la Universidad Nacional de Cuyo-SIC, Mendoza 1995, t. I, pp. 93-111; y «El acto humano: Aristóteles y Tomás de Aquino»: *Sapientia* LI (1996) 7-28.

[3] Cfr. K. E. BOULDING, «Economics as a Moral Science»: *American Economic Review* LIX (1969) 1-12.

grupó y publicó dos ensayos suyos bajo el título de *L'économie comme science morale et politique*[4]. Pero no se trata sólo de una cuestión de título. La economía ha sido una ciencia moral desde su nacimiento con Aristóteles, continuó siéndolo con su fundador oficial, Adam Smith, y lo es hoy día según la opinión de muchos economistas. Para comprobarlo, basta leer un reciente artículo aparecido en el *Journal of Economic Literature*, en el que Daniel Hausman y Michael McPherson hacen un resumen actualizado de la gran variedad de posturas que sugiere la refundición más o menos parcial de ambas disciplinas. La neutralidad valorativa de la economía es un viejo dogma positivista que se está derrumbando completamente, aunque sin hacer mucho estrépito. Quienes aún lo sostienen prueban que desconocen no sólo la vieja tradición de la economía política sino también la literatura de los últimos veinte años de la nueva *Economics*.

Ahora bien, ¿qué entienden los economistas por «ciencia moral»? Para Boulding, por ejemplo, una proposición es moral si encierra un valor compartido, y una ciencia es moral porque es un proceso de conocimiento humano que surge en una cultura, es decir, en un grupo de hombres que comparten unos valores. Más que de una definición filosófica, Boulding está hablando de una noción sociológica de ciencia moral: una ciencia es moral porque supone unos valores sociales implícitos. Aunque a muchos economistas les interesa la ética y perciben que su ciencia tiene un fuerte contenido ético, cometen en este campo las imprecisiones propias de cualquiera que opina sobre un tema que no es el de su especialidad. Es verdad que, como dijo una vez el economista James Tobin, «no hay nada más peligroso que un filósofo que aprendió un poco de economía». Pero también es cierto lo que le respondió Robert Nozick: «No es menos peligroso un economista que no haya aprendido filosofía»[5]. De hecho, ninguno de los autores mencionados en el extenso informe recién citado profesan una ética que corresponda al concepto aristotélico de ciencia práctica: predominan los utilitaristas, contractualistas y consecuencialistas. Por eso se hace necesario hacer distinciones, precisiones y replanteos a las posturas éticas de los economistas[6].

En nuestros escritos sobre el tema hemos sugerido la recuperación de la noción aristotélica de *oikonomiké*. Como es sabido, la *económica* aristotélica es la administración de la casa. Pero si no le añadiéramos otras notas, nos quedaríamos con un concepto pobre de la misma. La *económica* es la actividad por la que el hombre hace un uso adecuado de los bienes necesarios para la vida buena. Por ello la *económica* es una actividad que para ser propiamente tal, debe ser moralmente buena. El uso ina-

[4] Cfr. A. O. HIRSCHMAN, *L'économie comme science morale et politique*, Gallimard-Ed. du Seuil, Paris 1984.

[5] R. NOZICK, «Social Justice in the Reagan Era»: *The New York Times*, 3 de enero de 1982, p. E5.

[6] Sin embargo, la concepción ética de Hirschman es satisfactoria. Para este pensador que camina por los caminos de la economía y la sociología, la economía es ciencia moral y política porque el buen funcionamiento de la economía requiere la vigencia de las virtudes personales y de la justicia. Sugiere entonces la elaboración de «una ciencia moral-social en la que las consideraciones morales no serán ni evitadas ni puestas entre paréntesis, sino entrelazadas sistemáticamente con el pensamiento analítico» (A. HIRSCHMAN, *op. cit.*, pp. 109-110).

decuado de los bienes, incompatible con la vida de las virtudes, no es propio de la *económica*, sino de una forma vituperable de la *crematística*. Por otra parte la *económica* no es sólo de la casa; Aristóteles considera también una «*económica* política», una administración adecuada de los recursos de la ciudad, en función del bien de todos[7].

Este tipo de acción humana exige una facultad o capacidad de realizarla, un hábito moral que facilite su correcta ejecución y otro hábito intelectual, por el que se accede al conocimiento del modo de ejercitarla. Por eso la *económica* es un término analógico que incluye todas estas acepciones: acción, facultad, virtud y ciencia del uso adecuado de los bienes necesarios para la vida buena.

La ciencia de la *económica* es ciencia práctica, pues su objeto es un tipo de acción humana. Por otra parte, aunque la *económica* se dirija al mismo objetivo final que la política, la vida buena, no puede reducirse a ambas a una sola ciencia, pues sus objetos son de naturaleza distinta. Sin embargo, no están en paridad de condiciones. Debido a que el fin de la *económica* se subordina al de la política, la primera debe someterse a la última. No obstante, son ciencias autónomas. El rasgo distintivo central de la ciencia *económica* aristotélica es que contiene un criterio interno de valoración moral de la actividad que le es propia[8]. Lo que le interesa conocer a la economía es el aspecto práctico, moral, del acto humano de uso de los bienes, tal que pueda realizarse efectivamente en busca de la vida buena. Por ello el paradigma adecuado para este saber es la ciencia práctica. En escritos previos, hemos procurado mostrar como es éste el tratamiento que corresponde aún a la economía moderna y su ciencia. Nos hemos detenido especialmente en la adecuación de los rasgos de la ciencia práctica al caso de la economía.

En primer lugar, esto se aplica al carácter inexacto de sus conclusiones, que obedece al carácter de su materia. Pensamos que todo economista sensato está dispuesto a reconocer que ésta es la condición de su ciencia. Los hechos que estudia son inciertos, trabaja con actos humanos, que son libres y con el futuro, y no es profeta. Aunque los economistas suelen quedarse con otros aportes, muchas veces muy discutibles, ésta es la esencia del mensaje de John Maynard Keynes. También es el de la escuela austríaca y el de los llamados «subjetivistas radicales», para mencionar sólo algunos.

En segundo lugar, parece claro que la economía también comparte con la ciencia práctica el rasgo de dirigirse a un fin práctico. Aun los economistas más puristas, admiten el aspecto y la intencionalidad práctica de su ciencia, llamándola economía aplicada o política económica o incluso economía política. Lo que a veces se pasa por alto es que debido al carácter del objeto científico son éstas las ramas que, aunque aparentemente secundarias, definen el estatuto epistemológico de la economía. El aspecto normativo y prescriptivo no es más que la otra cara de la moneda del descriptivo y explicativo.

[7] Para mayores detalles cfr. nuestros artículos «La concepción aristotélica de la economía»: *Philosophia* (1993-1994) 9-83; y «La acción económica en Aristóteles»: *Analogia* X (1996) 77-108.

[8] Cfr. C. NATALI, «Aristotele e l'origine della filosofia pratica», en *Filosofia pratica e scienza politica*, a cura di C. Pacchiani, Francisci Ed., Padova 1980, p. 118.

Tercero, la economía también debe tener un carácter normativo-ético, como la ciencia práctica. Responde al mismo la tradición que considera a la economía como ciencia moral, tal como explicamos antes. La economía es ciencia moral en tanto que ciencia práctica. No es la ciencia moral, sino una ciencia de una forma de acción humana en la que se considera su racionalidad moral, junto a otros elementos teóricos de la racionalidad técnica.

Cuarto, también, al igual que la ciencia práctica, la economía requiere un contacto estrecho con la experiencia. En su ámbito, luego de un fuerte predominio de las tendencias metodológicas axiomático-deductivas, se está acudiendo a métodos hipotético-deductivos con un importante énfasis en la verificación. Son momentos de mayor vigencia del positivismo y realismo. En efecto, mientras en el siglo pasado la hegemonía correspondió a los economistas deductivistas ingleses —Nassau Senior, algunas interpretaciones de John Stuart Mill, John Cairnes— en el nuestro, quizás debido a la fuerza de la realidad y también a la influencia del nuevo positivismo lógico, los estudios empíricos se han convertido en los criterios de evaluación de las teorías.

Finalmente, las particularidades metódicas de las ciencias prácticas, son las que más se ajustan al caso de la economía. La literatura sobre la cuestión del método de la ciencia práctica es abundantísima. Ha sido abordado por eximios aristotélicos de la talla de J. Burnet y W. Hardie. Por eso sobre este tema podría escribirse todo un libro. Recientemente C. Massini ha publicado dos artículos, recogiendo diversas opiniones y pasajes aristotélicos y sacando sus propias conclusiones. Creemos que dichas conclusiones son correctas y representativas de las opiniones expresadas en los últimos estudios al respecto. Citamos de Massini: «En el caso del pensamiento práctico y, en especial, de la filosofía práctica, no es posible limitarse a la utilización de un método único, sino que es preciso recurrir a una *pluralidad metodológica*. Esto significa que no puede sostenerse que el método de la ética sea pura y simplemente analítico, ni sintético, ni dialéctico, ni demostrativo, ni retórico, sino que es necesario hacer jugar todos esos procedimientos racionales de un modo estructurado, haciendo uso de cada uno de ellos en la medida y el "momento" adecuado»[9]. Ese momento es el plano del conocimiento práctico —de los primeros principios, ciencia o prudencial— en que nos hallemos. A nosotros, tratándose de la ciencia práctica nos interesa el segundo plano, y también el tercero, en cuanto de éste proviene la experiencia necesaria para el segundo.

En estos dos planos actúan el método analítico, que va de la experiencia a las conclusiones, y el sintético, de los principios a los efectos. La experiencia y su inducción, decíamos, juega un papel muy principal. Pero también las deducciones. Al igual, intervienen los razonamientos dialécticos —propios de la materia contingente—, e incluso las argumentaciones retóricas, el recurso a la imaginación, ejemplos y tópicos.

[9] C. I. MASSINI, «Método y filosofía práctica»: *Anuario Filosófico* XXXVIII (1995) 247. Cfr. ID., «Ensayo de síntesis acerca de la distinción especulativo-práctico y su estructuración metodológica»: *Sapientia* LI (1996) 429-451.

Pensamos que esta pluralidad metodológica integrable es muy adecuada para el caso de la ciencia económica. De hecho las diversas posturas económicas reduccionistas han recurrido al uso de alguno de ellos, dejando de lado el resto. Podemos encontrar un planteo axiomático-deductivo como el neoclásico, importado de las ciencias naturales, y como el de L. von Mises, de resonancias kantianas; la inducción histórica, tópicos y procedimientos dialécticos de los historicistas; los retóricos como D. MacCloskey, los positivistas, casi puramente inductivistas; la imaginación en R. Weintraub; los hermeneutas como D. Lavoie. Todas estas posturas trabajan de modo aislado. Parece la situación que constataba Aristóteles en su época: «Unos, en efecto, no escuchan a los que hablan si no se habla matemáticamente; otros, si no es mediante ejemplos; éstos exigen que se aduzca el testimonio de algún poeta; aquéllos lo quieren con exactitud, y a los de más allá les molesta lo exacto»[10]. Es una buena descripción de más de una discusión entre economistas. Sería muy importante repetir un esfuerzo integrador como el que hiciera John Neville Keynes a fines del siglo pasado en su libro sobre el alcance y método de la ciencia económica, y aprender a acudir a los diversos procedimientos sin dejarse deslumbrar por los métodos de las ciencias más afamadas de cada momento[11].

A pesar de la pertinencia del paradigma práctico, hoy la economía se ha convertido en una ciencia y práxis autónomas, desvinculada de la política como actividad y ciencia moral. Por ello nos inclinamos a otorgarle una importancia que no tenía en tiempos del Estagirita, erigiéndola muchas veces como criterio de decisión y acción. En cierto modo se ha producido una inversión por la que la economía manda sobre la política. Por eso, hemos sostenido la conveniencia, reconocida de modo casi inconsciente por muchos economistas, de volver al planteamiento aristotélico de la economía como actividad moral y de su ciencia como ciencia práctica, tanto por su carácter ético esencial, como por la conformidad de sus criterios epistemológicos y metodológicos con su objeto de estudio. A nuestro juicio, con su breve referencia al problema económico, Aristóteles nos deja una importante e inmutable enseñanza, que arroja una brillante luz a los actuales problemas sociales. La clave está en su condena a la forma aborrecible de la crematística: la ilimitada. Si se busca la riqueza de un modo ilimitado, hacemos algo que no es natural. El fin del hombre, su *telos*, requiere una cantidad limitada de bienes materiales, ya que no consiste en éstos, sino en algo más elevado, la vida buena.

LA DISOLUCIÓN DEL ENFOQUE PRÁCTICO

El paradigma práctico aristotélico tuvo una vida sumamente sana durante muchos siglos. Pero a comienzos de la Edad Moderna empezó a enfermar, llegando a sucumbir en muchas áreas del saber. Parecería que hoy se está recuperando, aunque con bastante lentitud.

[10] *Metaphys.* A 9: 992 b 19.

[11] Cfr. R. CRESPO, «La cuestión metodológica en Keynes padre: un acercamiento a la consideración práctica de la economía»: *Philosophica* XVII (1995) 217-222.

Cuando el fideísmo y nominalismo de Ockham suplantan a la razón y se generaliza el escepticismo gnoseológico, se desvanecen las ideas de un orden teleológico y de una ciencia de las acciones humanas que descubra y norme dicho orden al fin. Esta disolución del paradigma práctico tiene dos aspectos muy relacionados entre sí. Por una parte, el corte entre ser-hechos, y deber ser-valores: no se pueden conocer racionalmente el bien y los valores. La ciencia, para ser tal según este paradigma, debe ser «objetiva», neutral respecto a los valores, que quedan confinados al campo de la subjetividad. Por otra parte, se confía en que lo que no puede hacer la razón lo hará el método de aquellas ciencias que han demostrado ser exitosas. Pero de este modo se traslada la búsqueda racional de los fines a los medios. Daniel Innerarity explica muy bien este proceso: «Para la escolástica, el orden jerárquico de las ciencias venía determinado por significación de objetos, no por el grado de exactitud alcanzada. Pero si, en la ciencia moderna, la significación de los objetos es esencialmente subjetiva, no es extraño que lo obtenido por el sujeto en términos de seguridad y certeza aparezca como el más elevado criterio epistemológico. Por eso la modernidad es esencialmente, y en sus orígenes, método. Se trata de garantizar metodológicamente la objetividad. La atención se desplaza hacia los procedimientos del pensamiento, hacia las reglas y métodos de constitución del saber, con independencia del dominio particular dentro del cual ellos mismos están llamados a operar»[12]. Caemos en un racionalismo que se desprende de la realidad y que utiliza los recursos metódicos de la ciencia «estrella» de cada momento: la matemática, la física, la biología.

La economía no está exenta de estos cambios. Sin embargo, en cuanto cuerpo científico más o menos autónomo, ésta no surge hasta fines del siglo XVIII. Por fuerza, entonces, el reemplazo del paradigma práctico por otros se produce primero en la política y la ética. Haremos primero una breve reseña del pensamiento de algunos autores representativos del cambio en estas últimas disciplinas. Un estudio exhaustivo requeriría un extenso tratado. Acá sólo pondremos algunos ejemplos más destacables. Nos detendremos más en los casos de John Stuart Mill y Max Weber, porque sus obras dan lugar a contrastes en la interpretación de las mismas ilustrativas de las dificultades del giro moderno. Pensamos que conviene hacer esta breve exposición para notar la estrecha vinculación entre las ideas filosóficas y el curso de las económicas. Luego nos dedicaremos a los economistas. Lógicamente, la revista de los mismos tampoco será completa.

EL CAMBIO EN LA POLÍTICA, LA ÉTICA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

En René Descartes se encarna muy bien el nuevo espíritu moderno. Su ciencia modelo será la matemática. Encontramos en sus obras constantes muestras de la fascinación por la misma expresada en la Primera parte del *Discurso*: «Je me plaisais surtout aux mathématiques, à cause de la certitude et de l'évidence de leurs raisons»[13]. En efecto, sólo en la matemática y en la geometría se cumplen las reglas que

[12] D. INNERARITY, *Dialéctica de la modernidad*, Rialp, Madrid 1990, pp. 19-20.

[13] R. DESCARTES, *Discours de la méthode suivi des Méditations*, Union Générale d'Éditions, Paris 1963, p. 29.

se impuso en las *Regulae ad directionem ingenii*. Reza la Regla I: «Los estudios deben tener por fin brindar al espíritu una dirección que le permita sostener juicios sólidos y verdaderos sobre todo lo que se le presente». Y la Regla II: «Los objetos de los que debemos ocuparnos son sólo aquéllos que nuestro espíritu puede conocer de un modo cierto e indudable [...] En la búsqueda del camino correcto hacia la verdad no debemos ocuparnos de ningún objeto del que no se pueda alcanzar una certeza tal como la de las demostraciones de la Aritmética y la Geometría»[14]. Solidez, certeza, carácter indubitable, todos requerimientos irreclamables al objeto de la ciencia práctica. Con la certeza que otorga el método matemático, Descartes también se proponía resolver las carencias del objeto de la ética, ciencia que constituye el más alto grado de la sabiduría. Pero él no pudo completar la tarea y la ética cartesiana no superó su carácter provisional.

Habiendo configurado así el objeto científico, el hombre se hace maestro y dueño de la naturaleza, tal como lo pretende también Francis Bacon, y más adelante, Kant, para quien la naturaleza está «como el reo ante el juez». Bacon piensa que su método científico inductivo del *Novum Organum* debe aplicarse también «a las otras ciencias lógicas, morales y políticas»[15], pero tampoco realiza su programa.

Este nuevo espíritu epistemológico va calando en el ámbito de la política. Pondremos dos ejemplos, el de Nicolás Maquiavelo, que era un pragmático, y el de Thomas Hobbes, más científico que el florentino.

Leo Strauss, Albert Hirschman, Wilhelm Hennis e Innerarity mencionan el caso Maquiavelo, famoso por su inmoralismo expresado en la tan común sentencia de que «el fin justifica los medios»[16]. Dice en el capítulo XV del *Príncipe*: «Mi intención es escribir sobre cosas útiles a quienes las lean y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual es, que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse, más camina a su ruina que a su consolidación, y el hombre que quiere portarse en todo como bueno, por necesidad fracasa entre tantos que no lo son, necesitando el príncipe que quiere conservar el poder estar dispuesto a ser bueno o no, según las circunstancias»[17]. A la moralidad de los deberes Maquiavelo opone el positivismo de los hechos —«la verdad tal cual es»—. La verdad es que el hombre es esencialmente egoísta, los gobernantes buscan el poder y la gloria, y cualquier medio es lícito para alcanzar el bien común, consistente en la libertad, estabilidad, prosperi-

[14] R. DESCARTES, *Règles pour la direction de l'esprit*, Vrin, Paris 1959, règles I-II.

[15] F. BACON, *Novum organum*, Orbis, Buenos Aires 1984, afor. 127, p. 79.

[16] Cfr. A. O. HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses*, FCE, México 1978, p. 21; y *L'économie comme science morale et politique*, pp. 99-100. W. HENNIS, *Política y filosofía práctica*, Sur, Buenos Aires 1973, pp. 148-149. D. INNERARITY, *op. cit.*, pp. 183-184. L. STRAUSS, *What is Political Philosophy?*, The Free Press, Glencoe 1959, pp. 40ss.

[17] N. MAQUIAVELO, *El príncipe*, Marymar, Buenos Aires 1988, p. 91. Son muy interesantes y aún más «maquiavélicas», las anotaciones de Napoleón Bonaparte consignadas en la edición que usamos: «Con arreglo a ellos [los principados imaginarios] los visionarios de moral y filosofía juzgan a los estadistas»; algunos intentan ser buenos, «sí, como Luis XVI; pero también acaba perdiendo uno su reino y cabeza» (*Ibid.*, p. 92).

dad y gloria de una nación. La virtud es la virtud cívica: ésta es la nueva moral, hoy dominante. Los príncipes han de ser inmorales, para que los hombres sean morales. La política se transforma en una técnica del poder. De nuevo es agudo Innerarity cuando afirma que «lo que no tolera el maquiavelismo es la imprecisión, imprevisibilidad e incalculabilidad que introduciría en el manejo de los asuntos políticos el atenimiento a consideraciones morales»[18].

El estado de Hobbes es un constructo racional, una fabricación: «Por el arte es creado el gran Leviatán»[19]. La bibliografía sobre el particular es inabarcable, y hay diversas discusiones o diferencias de matices entre autores como, por ejemplo, el mismo Hennis, Strauss, Hannah Arendt, Helmut Kuhn, Michael Oakeshott y Manfred Riedel. Nos parece particularmente feliz el modo en que este último expresa el programa de Hobbes: «Según Hobbes, la *philosophia civilis* es una "ciencia nueva" que sigue el ideal metodológico del siglo XVII. Tiene la misma pretensión que la física desde Galileo con respecto a la interpretación de los procesos naturales: conocer las relaciones de la acción humana con la misma certeza (*pari certitudine*) que las relaciones de tamaño entre las figuras [...] La filosofía política debe convertirse en una ciencia *a priori*, demostrable, para lo cual, según Hobbes, sus objetos son perfectamente adecuados; pues el hombre puede desarrollar una ciencia *a priori* sólo con respecto a aquellas cosas que él mismo ha creado o cuya fabricación depende de su voluntad»[20]. Es uno de los primeros «ingenieros sociales».

En armonía con estas ideas, y pasando al campo del derecho, se inicia una línea que entiende la política como teoría del «derecho natural público», que «pretende, explica Hennis, construir intelectualmente un ordenamiento político sin necesidad de agregarle virtudes específicamente políticas o esfuerzos humanos»[21]. Pertenecen a la misma Hugo Grocio, Justius Lipsius, Samuel Pufendorf y Christian Thomasius, entre otros. Consiguen el «ideal», para sus pretensiones de exactitud, de construir una ciencia de la acción humana que pone entre paréntesis la libertad. No se requiere la experiencia; basta con la intuición de algún principio fundamental, desde el que se deduce todo el derecho.

La corriente racionalista avanza por igual sobre la otra disciplina práctica que contaba con un desarrollo autónomo en esa época: la ética. La economía, como veremos más adelante, será racionalista desde su mismo nacimiento moderno, poco tiempo después y hasta nuestros días. En cuanto a la ética racionalista sólo mencionaremos algunos autores a modo de ejemplo. Baruch Spinoza, para quien la libertad consiste en el conocimiento perfecto de la necesidad, escribe una *Etica more geometrico demonstrata*. El *ars combinatoria*, método universal lógico-matemático de Gottfried W. Leibniz, incluye el ámbito de las acciones humanas, mientras que con su armonía preestablecida, la libertad humana queda seriamente comprometida. El caso de Kant es el de una ética racionalista, con un principio universal formal que es in-

[18] D. INNERARITY, *op. cit.*, p. 184.
[19] T. HOBBES, *Leviatán*, Ed. Nacional, Madrid 1979, introd.
[20] M. RIEDEL, *Metafísica y metapolítica*, Alfa Argentina, Buenos Aires 1977, p. 12.
[21] W. HENNIS, *op. cit.*, p. 149.

dependiente de toda experiencia, pero que equivale a la libertad. El bien es la libertad solipsista de cada individuo. Se trata de la consagración racionalista de la libertad formal como principio absoluto y supremo. Esta concepción tiene un correlato muy estrecho con la ideología liberal del mercado competitivo[22].

Pero tenemos que volver unos pocos años atrás para mencionar a otro autor que tendrá una influencia aún más directa en los economistas: David Hume era amigo personal de Adam Smith. Los racionalistas han tratado de reemplazar la razón práctica por la razón teórica. En cambio, en un pensamiento que da muy poca cabida para la razón teorética, como es el de Hume, la moral es cuestión de sentimientos: «La moral y la crítica no son propiamente objetos del entendimiento, como del gusto y del sentimiento»[23]. Por ello, cuando de ciencia se trata hay que dejar al margen las cuestiones éticas. La política o la economía no dependen de virtudes sino de cálculos inteligentes. Hume es célebre por el corte entre el ser y el deber que reclama el siguiente pasaje del *Tratado sobre la naturaleza humana*: «En todos los sistemas de moralidad con los que me he enfrentado hasta ahora, siempre he notado que sus autores proceden por un tiempo según el modo habitual de razonar y establecen la existencia de Dios, o hacen observaciones sobre las cuestiones humanas; pero repentinamente me sorprende comprobar que en lugar de las cópulas proposicionales usuales es y no es, las proposiciones están conectadas por un debe o no debe. Este cambio es imperceptible, pero es, no obstante, de la mayor importancia. Porque este deber o no deber, expresa una nueva relación que debe ser observada y explicada; y además, debe darse alguna razón para algo que parece inconcebible, a saber, cómo puede deducirse esta nueva relación de otras completamente diferentes»[24]. La ciencia de las cosas humanas no puede ser ciencia práctica. De lo contrario, deja de ser ciencia. Es un estudio neutral de cómo acontecen las cosas a nivel humano, que sin embargo tiene inevitables consecuencias normativas.

¿Cómo acontecen «las cosas humanas»? Hume sigue la tradición moral de sus compatriotas. Antony Ashley, más conocido como el Conde de Shaftesbury, habla de una inclinación moral a realizar el bien. Francis Hutcheson, que también influirá en Adam Smith, agrega al anterior un matiz utilitarista. En Hume los sentimientos que mueven son el placer que produce la virtud y el dolor propio del vicio. El utilitarismo se hace fuerte con Jeremy Bentham. Para Bentham el principio de utilidad debe reemplazar al derecho natural y a las teorías contractualistas de Hobbes y Locke. El dato real es el rechazo del dolor y la tendencia al placer. Por eso debemos tratar de construir un orden social justificado por criterios utilitaristas. Esta doctrina pasa a John Stuart Mill y se continúa en el pragmatismo norteamericano de Peirce, James y Dewey y en el consecuencialismo moral. Va permeando y se establece, a pesar de que no faltaron quienes se resistieran, en la economía. El mecanismo del acto económico ya no *debe ser* la búsqueda de la vida buena, sino que *es* la utilidad. Se trata

[22] Cfr. P. KOSLOWSKI, *The Ethics of Capitalism. A Critique of Sociobiology*, Springer Verlag, Berlin-New York-Heidelberg-Tokyo 1996, nt. 84.

[23] D. HUME, *An Enquiry Concerning Human Understanding*, ed. L. A. Selby-Bigge, Oxford 1955, p. 166.

[24] D. HUME, *A Treatise of Human Nature*, Scientia Verlag, Darmstad 1964, pp. 245-246.

de un esquema racional teórico de explicación a través de los sentimientos, que reemplaza la racionalidad práctica, algo que podríamos llamar «racionalismo sensista».

También Augusto Comte influyó en Mill. Es bien conocido que Mill presentó e hizo cambios a la postura positivista de Comte en su obra *Augusto Comte y el positivismo* de 1865. Para Comte, su ciencia suprema, la sociología, es una biología de la sociedad: se trata de un determinismo mecanicista. Por otra parte, a partir de lo observable, que es la única fuente legítima de conocimiento científico, se deben postular leyes que no saben nada de esencias ni de causas reales, sino que sólo conocen la regularidad de los acontecimientos[25]. Este es el único método posible para todo tipo de conocimiento científico[26]. ¿Qué aplica Mill de todo esto al ámbito de las ciencias humanas? En Mill, como en Comte, tampoco hay libertad —lo que parece libertad es en realidad por ignorancia—. La economía es a la sociología como la teoría de la nutrición a la biología, una ciencia exacta[27]. Pero las ciencias humanas son más deductivas que inductivas.

Mill considera que la ciencia es siempre teórica por el fin. La práctica o arte tiene sus propios métodos y principios. Ciencia y arte se distinguen claramente: «Esas dos ideas difieren una de otra tal como lo hace el entendimiento de la voluntad, o como en gramática el modo indicativo difiere del imperativo. Una se mueve entre hechos, la otra con preceptos. La ciencia es una colección de verdades; el arte, un cuerpo de reglas o indicaciones para la conducta. El lenguaje de la ciencia es: esto es o no es; esto pasa o no pasa. El lenguaje del arte: haz esto, evita esto otro. La ciencia conoce un fenómeno y se propone descubrir su ley; el arte se impone un fin y busca los medios para alcanzarlo»[28]. «Una proposición, dice Mill en la *Lógica*, en que el atributo es expresado por las palabras "debería", "podría" ser, es específicamente diferente de aquélla expresada por las palabras "es" o "será"»[29]. Los fines no son más que datos para las ciencias. La ciencia no interviene en la determinación de los mismos ni opina sobre su pertinencia. Esta no es cuestión científica, sino del arte —o de la moral, en su caso—.

Sin embargo, Mill sostiene que debe existir un criterio para el establecimiento de los fines: «Todo arte es el resultado combinado de las leyes de la naturaleza descubiertas por la ciencia y de los principios generales de aquello que llamamos teleología o teoría de los fines, y que también podríamos designar con propiedad, tomando el lenguaje de los metafísicos alemanes, bajo el nombre de Principios de la razón práctica [...] Hay una *Philosophia prima*, propia del arte, como hay una para la ciencia. Existen primeros principios no sólo del conocimiento, sino también de la conducta. Debe existir una medida que sirva para determinar el carácter bueno o malo, de un

[25] Cfr. A. COMTE, *Discours sur l'esprit positif*, Garnier, Paris 1947, pp. 34 y 40; ID. *Cours de philosophie positive*, dans *Oeuvres choisies*, éd. H. Gouhier, Aubier, ibi 1943, pp. 67-68.

[26] Cfr. A. COMTE, *Cours de philosophie positive*, ibid., p. 97.

[27] Cfr. J. S. MILL, *Augusto Comte y el positivismo*, Aguilar, Buenos Aires 1972, p. 106, nt.

[28] J. S. MILL, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, A. M. Kelley, Clifton 1974, p. 124.

[29] J. S. MILL, *Système de logique déductive et inductive*, Alcan, Paris 1904, L. VIII: «La lógica de las ciencias morales»), pp. 556-557, lo que tiene evidentes resonancias humeanas.

modo absoluto o relativo, de los fines u objetos del deseo. Y cualquiera que sea esa medida, debe ser una sola»[30]. Esta *Philosophia prima* está desvinculada de la ciencia de los principios del conocimiento y, por tanto, sigue Mill, no puede tener fundamento científico alguno para postular una medida como bien del género humano. Sin embargo lo hace. A continuación remite a su obra *El utilitarismo*[31]. Con lo cual, aunque Mill sostiene que la ciencia no debe tratar acerca de los fines, advierte que debe haber una teoría acerca de los mismos. Sin duda se trata de un conflicto dentro de su mismo pensamiento.

Además, habría un segundo conflicto. Wilhelm Hennis destaca el contraste entre el «purismo» metodológico de la *Lógica* de Mill, que exige a las ciencias el apartamiento de las cuestiones prácticas, por una parte, y la proclamación de un principio práctico junto al amplio uso de la dialéctica, método adecuado para las cuestiones prácticas, en sus escritos morales y políticos como *Sobre la libertad* y *Las consideraciones sobre el gobierno representativo*, por otra[32]. También Schumpeter considera que en la economía de Mill hay una diferencia entre lo que dice el metodólogo teórico y lo que escribe el economista que trata con los hechos[33].

Por otra parte, cuando al final de los *Essays*, Mill se enfrenta con el problema práctico, parecería que flexibiliza su posición. El filósofo práctico, sostiene, debe hacer un análisis pormenorizado de las circunstancias de la sociedad en que vive, y posteriormente un trabajo de síntesis de todos esos datos, para procurar predecir qué sucederá y cómo convendrá actuar. Tanto él como el economista deben combinar la teoría y la práctica, ya que «una de las peculiaridades de los tiempos modernos, la separación de la teoría respecto a la práctica —de los estudios de gabinete respecto a los negocios del mundo— ha impreso un sesgo errado en las ideas y sentimientos, tanto del estudioso como del hombre de negocios»[34].

Queda claro que Mill adopta el nuevo paradigma de las ciencias humanas, pero con resistencias que le llevan a contradicciones en su mismo pensamiento. Quizás ahora se entienda porqué nos hemos detenido más en el caso de Mill. Es interesante comprobar que en algunos autores que han tenido un contacto fuerte con la realidad el purismo metodológico cede ante la ciencia real.

Podemos observar una situación similar en el tal vez más grande de los metodólogos de las ciencias sociales, Max Weber. Por eso también también nos alargaremos un poco más en el análisis de su pensamiento[35]. En época de Weber —fines del siglo pasado y comienzos del nuestro— la economía ya era una ciencia madura, que estaba en plena revolución marginalista. Exponer a Weber no es tarea sencilla, pues es muy

[30] J. S. MILL, *Système de logique déductive et inductive*, L. VIII, cap. XII, pp. 557-9.

[31] Cfr. *Ibid.*, p. 560.

[32] Cfr. W. HENNIS, *op. cit.*, pp. 137-138.

[33] Esta visión de los dos Mill es sostenida también por M. BLAUG, *The Methodology of Economics*, Cambridge University Press, 2nd ed., Cambridge 1992, p. 65, quien se apoya, a su vez, en J. Viner.

[34] J. S. MILL, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, p. 156.

[35] Para mayor detalle, cfr. R. CRESPO, «Max Weber and Ludwig von Mises, and the Methodology of Social Sciences», en P. F. KOSLOWSKI (ed.), *The Theory of Ethical Economy in the Historical School*, Springer Verlag, Berlin-New York-Heidelberg-Tokyo 1996, cap. II.

difícil abarcar con profundidad la riqueza de su pensamiento. Conocer a fondo la bibliografía sobre el tema supondría una dedicación específica al mismo que no es la nuestra. Recientemente, además, se ha publicado un importante libro que agrupa varios textos de Wilhelm Hennis. Hennis, que conoce muy a fondo la obra de Weber, afirma de él que «prácticamente nadie ha sido tan desafortunado por la mala comprensión. De lo contrario, nunca se hubieran escrito las bibliotecas que hay sobre las "tesis de Weber" [...] Por tanto, Weber debe ser leído fresco y sin prejuicios. Y esto significa todo el corpus de su obra»[36]. Hennis presenta un Weber nuevo e insospechado, que no sería el padre de la sociología contemporánea, sino que se hallaría en la tradición de las ciencias morales o prácticas clásicas[37], interesado en la naturaleza humana y el orden de vida del hombre en las circunstancias de la modernidad[38]. Contrasta notablemente con la interpretación habitual, él mismo lo afirma[39], pero su erudición es tal y la argumentación tan convincente, que no se puede dejar de lado esta posibilidad.

Es bien conocido que la condición principal de cientificidad impuesta por Weber a las ciencias sociales es la *Wertfreiheit*, libertad de valoración, neutralidad ética o avaloratividad. Weber es muy claro en este aspecto en sus diversos escritos. Basta con poner el ejemplo de sus dos famosos ensayos «El significado de la libertad de valoración en la sociología y la economía» y «Sobre la objetividad en las ciencias sociales»[40]. También podemos mencionar en este sentido a su conferencia «Ciencia como vocación», en la que deja claro que no se puede esperar de la ciencia ninguna respuesta acerca del sentido de la vida y los valores[41]. Esta postura weberiana ha marcado el rumbo futuro de la intencionalidad metodológica de las ciencias sociales de allí en más.

[36] Cfr. W. HENNIS, *Max Weber. Essays in Reconstruction*, Allen & Unwin, London 1988, pp. 27 and 22.

[37] Cfr. W. HENNIS, *Max Weber*, pp. 103-104, donde afirma: «Weber belongs to the late tradition of practical science; and he finds a place in the pre-history of modern social science only if his central questions and concerns are neglected».

[38] Cfr. W. HENNIS, *Max Weber*, pp. 35, 36, 43, 44, 61, 69, 73, 90, 108. «The "cultural problems of man" remain the object of his work. And this means: the problems arising form the insertation of man (*Mensch*), a being capable of social action, in social constellations which in turn form these persons, develop their capacities or alternatively deform them up» (*Ibid.*, p. 69).

[39] Hennis menciona entre los que han roto con Weber, a G. Lukács y H. Marcuse, por una parte, y a L. Strauss y E. Vögelin, por otra: cfr. W. HENNIS, *Max Weber*, p. 21.

[40] Reunidos en MAX WEBER, The Methodology of Social Sciences, The Free Press, Glencoe 1949. El ensayo sobre la objectividad («Die Objektivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis») se publicó primero en los *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* en 1904, en ocasión de que el mismo Weber, Sombart y Jaffé se hicieran cargo de su edición, y el otro ensayo («Der Sinn der *Wertfreiheit* der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften») fue preparado en 1914 y publicado en una nueva versión revisada en *Logos* en 1917. Ambos fueron reeditados en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenscahftslehre*, 2a. .ed.. Tübingen 1951.

[41] «Wissenschaft als Beruf», conferencia publicada junto a «Politik als Beruf», en M. WEBER, *El político y el científico*, Alianza, 2a. ed., Madrid 1969. Sobre su fecha, cfr. W. SCHLUCHTER-G. ROTH, *Max Weber's Vision of History. Ethics and Methods*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-London 1979, pp. 112ss.

Sin embargo también es bien conocido y lo que hemos dicho quedaría incompleto, si no agregáramos que la imposición del criterio de neutralidad respecto a los valores no es absoluta. Ello por dos motivos. El primero de ellos es sostenido por muchos autores: que a la hora de hacer ciencia social el mismo Weber no respetó dicho principio. El Weber de las monumentales investigaciones sociológico-históricas no es el de la estricta *Wertfreiheit*. En las mismas se confundirían una evidente intencionalidad de objetividad con una implícita asunción de ciertos valores. Así por ejemplo, Hennis afirma que los *Escritos políticos* de Max Weber, ante todo los escritos constitucionales de los años de la guerra hacen caso omiso de su posición al respecto[42]. Pensemos también en los casos de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y de *Economía y sociedad*. Por esto Eric Vögelin denomina a la postura de Weber un «positivismo con lamentaciones» y ensaya una explicación del motivo por el que Weber no se habría animado a dar el paso decisivo hacia una «ciencia del orden». Llega a afirmar que con la obra del sociólogo alemán el positivismo llega a su fin y deja abiertos los caminos para la restauración de la ciencia política clásica[43]. Leo Strauss, por su parte, dice que «los juicios de valor, que tenían prohibida la entrada por la puerta principal de la ciencia política, de la sociología o de la economía, terminan ingresando por la trasera»[44]. Lawrence Scaff ha dicho más recientemente que «la misma argumentación metodológica de Weber asume un papel diferente dependiendo del contexto específico»[45]. Ludwig von Mises también se queja de ello: «Max Weber combatió expresamente esta confusión [el juicio de valor que identifica acción racional y correcta] pero sin embargo [...], cayó repetidas veces en la misma en otros pasajes de sus escritos»[46].

La segunda «relativización» de la *Wertfreiheit* es la efectuada por el mismo Weber, como parte de su misma teoría de las ciencias sociales. La misma ha dado lugar a una extensa literatura sobre el tema. Por una parte los valores están involucrados en la formación de los conceptos de las ciencias sociales. Es decir, el mismo contenido está determinado por valores: «Los problemas de las disciplinas empíricas deben resolverse, por supuesto, de modo no "evaluativo" [...] Pero los problemas de las ciencias sociales deben seleccionarse por la relevancia valorativa de los fenómenos abordados»[47]. Weber se cuida muy bien de distinguir entre relevancia valorativa (*Wertbeziehung*) y juicio de valor (*Werturteil*). Sin embargo, en opinión de muchos autores, esta distinción tiene muchos problemas y aunque Weber busque la objetividad finalmente caería en un cierto relativismo. «En las ciencias de la cultura, afirma, la construcción de conceptos depende del planteamiento de los problemas, y este último

[42] Cfr. W. HENNIS, *Política y filosofía práctica*, p. 143.

[43] E. VÖGELIN, *The New Science of Politics*, University of Chicago Press, Chicago 1952, Introd., §§ 3-4 y *passim*.

[44] L. STRAUSS, *What is Political Philosophy?*, p. 21.

[45] L. SCAFF, «Historicism in the German Tradition of Social and Economic Thought», en P. KOSLOWSKI (ed.), *The Theory of Ethical Economy in the Historical School*, p. 320.

[46] L. VON MISES, *Epistemological Problems of Economics*, D. Van Nostrand, Princeton-Toronto-London 1960, p. 93.

[47] M. WEBER, *The Methodology of Social Sciences*, p. 21.

planteamiento varía según el contenido de la cultura»[48]. Lo social requiere una determinación valorativa para delimitar un problema científico. Se necesita una selección regida por los valores, que son variables: todas las ideas valorativas «son por naturaleza, históricamente variables, en función del carácter de la cultura y de las ideas que regulan el pensamiento de los hombres»[49]. Pero no sólo depende de los valores de la cultura analizada sino también de los del investigador mismo. «No existe un análisis absolutamente "objetivo" de la cultura [...], de los fenómenos sociales, independiente de puntos de vista especiales y parciales, según los cuales —expresa o tácitamente, consciente o inconscientemente— son seleccionados, analizados y organizados por fines expositivos. El motivo de esto reside en la característica del fin cognoscitivo de toda investigación en ciencias sociales, que apunta a trascender el tratamiento puramente *formal* de las normas legales o convencionales que regulan la vida social [...] Todo conocimiento de la realidad cultural, como puede observarse, es siempre conocimiento desde *puntos de vista particulares* [...] [e] indudablemente, todas las ideas valorativas son "subjetivas"»[50]. Michael Lesnoff, afirma: «En un nivel exclusivamente verbal [...], Weber creía que tanto la ciencia natural como la social podían y debían ser libres respecto a los valores, [pero] a un nivel un poco más profundo [...] sostenía que las ciencias sociales debían ser también relevantes respecto a los valores, es decir, los conceptos deben reflejar inevitablemente los intereses de los científicos sociales»[51]. Karl Otto Apel, afirma que «Hay *un* área en la que Max Weber [...] transgrede el límite entre lo racional y lo irracional o entre la ciencia libre de valoración y los valores comprometidos normativamente. No es accidental que esta área sea la de la ciencia y su historia»[52]. La objetividad tan ansiada se pierde en un relativismo. Como dice Barry Hindess, «La arbitrariedad teórica implícita en la epistemología de los tipos ideales asegura que la evaluación de la utilidad de los conceptos tipo no puede ser objetiva [...] Una vez que se convoca a los valores para protagonizar un papel teórico, la "objetividad", la "libertad de valoración" y todo eso se cae por la borda. La concepción weberiana de la objetividad científica es un imposible lógico; contradice los conceptos fundamentales de su epistemología»[53]. También Schluchter observa estos problemas: «Weber ha sido llamado un nihilista [por ejemplo, por Leo Strauss[54]], un relativista, y un decisionista. Es todo esto si creemos en la existencia y discernibilidad de un significado objetivo del mundo»[55]. Cerramos esta cuestión con una cita de Raymond Aron, cuyas observaciones sobre Weber conti-

[48] *Ibid.*, p.105.

[49] *Ibid.*, p. 84.

[50] *Ibid.*, pp. 72, 81 y 83.

[51] M. LESNOFF, «Technique, Critique and Social Science», en S. C. BROWN (ed.), *Philosophical Disputes in the Social Sciences*, Harvester Press, Sussex 1979, p. 95.

[52] K. O. APEL, «Toward a Reconstruction of Critical Theory», en S. C. BROWN (ed.), *op. cit.*, p. 136.

[53] B. HINDESS, *Philosophy and Methodology in the Social Sciences*, Harvester Press, Sussex 1977, p. 38. Cfr. también pp. 24, 33-9, 48 y 232.

[54] Cfr. L. STRAUSS, *Natural Right and History*, The University of Chicago Press, Chicago-London 1953, pp. 42ss.

[55] W. SCHLUCHTER-G. ROTH, *op. cit.*, pp. 58-9.

núan siendo actuales y perspicaces: «Si cada reconstrucción tiene carácter selectivo y está regida por un sistema de valores, habrá tantas perspectivas históricas o sociológicas como sistemas de valor utilizados en la selección»[56]. En definitiva, la *Wertfreiheit* no es ni puede ser estricta en el campo de las ciencias humanas. Y esto, según nuestro punto de vista, no constituye ningún defecto, sino algo sumamente realista que debe ser asumido y que no disminuye el carácter científico de dichas disciplinas. Nos vuelve a sorprender Hennis, cuando en sus recientes concienzudos y documentados estudios nos dice «que no se puede entender la pasión con la que Weber sostenía el postulado de la libertad valorativa si se considera que éste tiene un fundamento "lógico-metodológico"». Se trata más bien de una cuestión de libertad académica. El principio de libertad valorativa tiene primariamente una intención pedagógica, que surge de su lucha contra las arbitrariedades de las políticas académicas alemanas de su época: «En Alemania la *"libertad de la ciencia" existe en el ámbito de la aceptabilidad política y eclesiástica* —y nunca fuera de dicho ámbito». La «libertad de valoración» es interpretada como «imparcialidad»[57].

Otro rasgo que queremos señalar de la metodología de Weber, y que vemos estrechamente conectado con los anteriores, es el carácter contingente, probable e inconcluso de los conocimientos de las ciencias humanas[58]. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el carácter casi meramente instrumental de los tipos ideales. No hay que confundirlos con la realidad ni con lo que se debe hacer. Pueden cambiar con las culturas y sus evoluciones. También se manifiesta en la parcialidad y probabilidad de las relaciones causales[59]. Esta es la situación de, entre otras ciencias sociales, la economía. La que además no se puede conformar sólo con un estudio causal teórico, sino que debe considerar también lo cultural e histórico, sin dejar por ello de ser ciencia.

En resumen, Weber impone la condición de avaloratividad como criterio de cientificidad, pero él mismo la relativiza y se la salta. Por otra parte, reconoce el carácter provisorio y contingente del conocimiento de las ciencias sociales, lo que no disminuye su cientificidad. Como decía Vögelin, a pesar de no tener esta intención, puesto que la ciencia del orden y el derecho natural tienen fundamentos ajenos a su pensamiento profundo, Weber está dejando armadas las bases para un retorno al esquema clásico de las ciencias humanas, que eran morales.

A nuestro juicio el problema común de Mill y Weber reside en su pretensión de dejar los valores al margen de la ciencia. Strauss opina que esto obedece en el fondo a un escepticismo gnoseológico[60]. Ahora bien, aunque debamos dejar de lado la *Wertfreiheit*, la posterior introducción de los valores debe hacerse de un modo racio-

[56] R. ARON, *Las etapas del pensamiento sociológico*, Siglo Veinte, Buenos Aires 1981,t. II, p. 235.

[57] Cfr. W. HENNIS, «The Pitiless "Sobriety of Jugement": Max Weber Bewtween Carl Menger and Gustav von Schmoller. The Academic Politics of Value Freedom»: *History of the Human Sciences* IV (1991) 34 y passim. Cfr. también ID., *Max Weber*, p. 161.

[58] Cfr. W. HENNIS, *Max Weber*, pp. 227ss.

[59] Cfr. M. WEBER, *The Methodology of Social Sciences*, pp. 43ss., 89ss. También R. ARON, *op. cit*, pp. 244ss.; y W. G. RUNCIMAN, *A Critique of Max Weber's Philosophy of Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge 1972, p. 36.

[60] Cfr. L. STRAUSS, *What is Political Philosophy?*, pp. 22-23.

nal, pues sino reingresarían arbitrariamente, como decía Strauss. Lo que supone superar el escepticismo.

El recorrido que comenzamos con Descartes acaba aquí con Weber. El proyecto de aplicación de la razón teórica a las cuestiones prácticas termina «mordiéndose la cola». Pensamos que no hay argumento con mayor autoridad que el de quien todos creen que piensa de un modo pero que, analizadas las cosas más a fondo, resulta que en realidad piensa algo distinto. Por eso hicimos un esfuerzo de profundización mayor en los casos de Mill y Weber.

Llega el momento de considerar el mismo proceso aplicado a la economía.

LA PÉRDIDA DE LA PRACTICIDAD DE LA ECONOMÍA

Aunque no es el caso de Weber, tampoco resulta fácil abarcar la bibliografía que supondría un conocimiento profundo del pensamiento de Adam Smith. El padre de la economía fue filósofo, discípulo de F. Hutcheson y amigo de Hume; dio clases de teología, derecho, economía y ética en Glasgow y Oxford. *La riqueza de las naciones* constituye, en varios aspectos, una prolongación de su *Teoría de los sentimientos morales*. En efecto, en Smith no hay un corte tajante entre economía, política y ética. «Political economy —así comienza el libro cuarto del *Inquiry*— considered as a branch of the science of a stateman or legislator, proposes two distinct objects»[61]. De modo que Smith no se plantearía hablar de neutralidad valorativa de la ciencia económica. Sin embargo, ¿de qué ética y de qué política se trata? El problema está aquí. La ética y la política que aprendió y enseñó Smith ya había reemplazado la racionalidad práctica por la teórica. Una combinación de derecho natural racionalista con la consideración del egoísmo y la simpatía como las principales pasiones humanas, permiten deducir la eficacia de la «mano invisible». Smith sería el correlato en lo económico del racionalismo sensista humeano.

Sin embargo, con Smith todavía no había llegado el momento de la separación entre ética y ciencia económica. El primero en sostenerla claramente fue Nassau William Senior, primer profesor de la cátedra de economía política en Oxford, desde 1825: «La ciencia es una cuestión de hechos existentes, el arte lo es de medios por los que se pueden producir o influenciar hechos futuros. La ciencia trata con premisas, el arte con conclusiones. La ciencia sólo busca ofrecer materiales para la memoria o el juicio. No hay otro propósito en la misma más allá de la adquisición de conocimiento. Un arte procura influenciar la voluntad: presupone un cierto objeto a alcanzar y apunta a la conducta más sencilla, segura y efectiva para lograrlo»[62]. Para Senior no puede existir una ciencia práctica: «Sus conclusiones, por más generales y

[61] A. SMITH, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Encyclopaedia Britannica, Chicago-London 1952, p. 182.

[62] N. SENIOR, «Statiscal Science». Presidential Adress to the Section F of The British Association for the Advancement of Sciences, 1860, en R. L. SMYTH, *Essays on Economic Method*, G. Duckworth, London 1962, p. 19. Según Blaug, Senior es el primero en hacer la distinción entre ciencia y arte, entre economía pura y normativa: cfr. M. BLAUG, *The Methodology of Economics*, p. 54.

verdaderas que sean, no la autorizan a agregar ni una sílaba de recomendaciones»[63]. No obstante, sostiene Senior, éste último ha sido el error en que ha caído la ciencia de la economía política: ha invadido el arte del gobierno, del que sólo es una ciencia subordinada, se ha interesado por la felicidad, no por la riqueza[64]. «Siempre que se da un precepto, siempre que recomienda al lector hacer o abstenerse de hacer algo, se desliza de la ciencia al arte, generalmente al arte de la moralidad, o del gobierno»[65]. La ocupación del economista político no es ni recomendar ni disuadir, sino establecer principios generales[66].

La extralimitación de sus funciones, según Senior, perjudica a la misma economía política, ya que la lleva a encarar investigaciones vagas o enormes recopilaciones de datos, para conseguir resultados prácticos[67], «pero, los hechos en los que descansan los principios generales de la ciencia se pueden establecer en muy pocas sentencias, e incluso en muy pocas palabras»[68]. Para Senior la ciencia depende más del razonamiento que de la observación; lo más importante es el conocimiento de las premisas y que se hagan las inferencias adecuadas a partir de ellas. Éstas son generales —la teoría de la moral, del gobierno, la legislación civil y penal— y particulares —los hechos que afectan la condición social de la comunidad—. Se conocen por la observación o por una toma de conciencia de ellas; no requieren mucha profundización: casi todo hombre los admite como familiares cuando los oye. Aquéllas que se refieren a la naturaleza y la producción de la riqueza son universalmente válidas; las que hacen a la distribución pueden estar afectadas por las instituciones particulares[69].

Con esto Senior propone una ciencia de la economía política puramente teórica, y así rompe con la tradición previa de una economía política teórica y práctica, descriptiva y prescriptiva, aún ligada a la ética. De este modo, la economía pierde la posibilidad de recuperar la practicidad. «Esto es lo que caracteriza —dice Hennis— el camino de la economía política a la teoría económica»[70]. Los problemas de la economía pasan a ser antes que nada epistemológicos, y consiguientemente metodológicos. Esta situación es delicada, ya que como decía Aristóteles, «es preciso aprender previamente cómo podrá ser comprendida cada cosa, pues es absurdo buscar al mismo tiempo la ciencia y el método de la ciencia»[71].

Habiéndonos detenido antes en Mill extensamente, pasamos a John E. Cairnes (1823-1875), que pertenece a la tradición que considera a la economía como una ciencia positiva abstracta y deductiva. La obra metodológica importante de Cairnes es *The Character and Logical Method of Political Economy*, en su segunda edición de 1875. En el prefacio a la primera edición se plantea el objetivo de la búsqueda del

[63] N. W. SENIOR, *An Outline of the Science of Political Economy*, George Allen & Unwin, London 1938, p. 3.
[64] Cfr. *Ibid.*, pp. 1-5.
[65] N. W. SENIOR, «Statiscal Science», ed. cit., p. 21.
[66] Cfr. N. W. SENIOR, *An Outline of the Science of Political Economy*, p. 3.
[67] Cfr. *Ibid.*, p. 4.
[68] *Ibid.*
[69] Cfr. *Ibid.*, pp. 1-5.
[70] W. HENNIS, *Política y filosofía práctica*, p. 147.
[71] *Metafísica* II 3: 995 a 13-14.

método lógico apropiado a esta ciencia[72]. Luego de reconocer que la economía es un asunto que puede inducir fácilmente a errores y confusiones, toma como premisa de partida que «la riqueza, materia y sujeto de la economía política, puede estudiarse según un método científico». Los actos referidos a ella «están reglados por leyes generales y constantes que pueden ser descubiertas, clasificadas y empleadas como principios de deducciones subsiguientes»[73].

No es adecuado aplicar el nombre de ciencia, afirma Cairnes, a un conocimiento tendiente a un fin práctico definido[74]. Por esto, la economía política sólo es explicativa o expositiva de las leyes de los fenómenos relacionados con la riqueza, y es neutra respecto a los sistemas políticos y sus fines: aporta sólo herramientas para valorar dichos sistemas y fines desde un punto de vista limitado[75]. Sin embargo, reconoce, la economía no tiene un estadio definitivo, pues la mayoría de sus datos están sujetos a la evolución del hombre y de sus instituciones[76]. En economía lo más seguro son las premisas, porque son «causas últimas», principios últimos que gobiernan los fenómenos de su sujeto de estudio. No exigen prueba pues dependen directamente de la conciencia, y son, en general, recibidos previamente y aceptados tácitamente[77]. La economía no cuenta, como las ciencias naturales, con la experimentación. Pero un sustituto útil de ésta es la construcción de «casos hipotéticos». Aunque las conclusiones de la economía sean hipotéticas, no lo son más que las de las ciencias naturales, que también están sujetas a causas perturbadoras. Por tanto, se deben verificar, aunque necesariamente de modo imperfecto. Esto se debe hacer más como medio para sustituir la experiencia que como sistema para averiguar las causas y leyes últimas, que conocemos de antemano[78]. El óbice para la exactitud está en un defecto de conocimiento. La economía sería, en fin, una especie de ciencia exacta defectuosa, pero no debido a la naturaleza del objeto, como ocurre en las ciencias prácticas, sino porque su conocimiento es imperfecto, circunstancia que, al menos teóricamente, algún día podría ser superada.

Con Cairnes estamos en los albores de la teoría neoclásica y la revolución marginalista. Senior y Cairnes no son muy famosos. Sin embargo, debemos sumarle a Mill, por una parte. Y por otra, no debemos olvidar que ellos no trabajan en las partes vistosas de la teoría económica, sino «bajo tierra», en los cimientos metodológicos. Por eso, aunque no se noten, han influido muy poderosamente. Al llegar la teoría neoclásica, ya se ha configurado un tipo de razonamiento económico que corresponde al de aquéllos. Además, dicha teoría recibe otras influencias que obran en el mismo sentido. Consecuentemente, lejos de corregirse, se acentúa el descamino metodológico.

[72] Cfr. J. E. CAIRNES, *Le charactère et méthode logique de l'économie politique*, Giard et Brière, Paris 1902, p. 6.

[73] *Ibid.*, pp. 16-17; cfr. p. 30.

[74] Cfr. *Ibid.*, p. 6.

[75] Cfr. *ibid.*, pp. 29 y 31-32.

[76] Cfr. *Ibid.*, p. 34.

[77] Cfr. *Ibid.*, pp. 95, 97, 108 y 120.

[78] Cfr. *Ibid.*, pp. 97-103.

Como afirma el profesor italiano de economía política Sergio Ricossa, «generalmente se considera que la escuela económica neoclásica nace hacia 1870, y que sus fundadores fueron Jevons, Menger y Walras»[79]. Joseph Schumpeter, en su clásica historia del análisis económico, aclara que se ha consolidado la costumbre de llamar con el nombre de neoclásica a la teoría marginalista[80]. En rigor de verdad, la así llamada «revolución marginalista», se ha compuesto de tres revoluciones: la de la utilidad marginal en Inglaterra y Estados Unidos (William Stanley Jevons, Alfred Marshall, John Bates Clark), la del equilibrio general en Suiza e Italia (Léon Walras y Vilfredo Pareto), y la subjetivista en Austria (Carl Menger, Eugen Böhm Bawerk)[81]. A lo que estrictamente se llama modelo neoclásico es a las dos primeras. De modo tal que hay que tratar aparte, y como un pensamiento distinto del neoclásico, al iniciado por el ilustre economista austríaco Carl Menger[82].

La sociedad propia de la teoría neoclásica del mercado competitivo está formada por individuos libres que persiguen sus propios fines y cuyas acciones son coordinadas y ajustadas mediante sus propias respuestas a las señales de los precios formados en el mercado. Esta coordinación conduce al denominado «equilibrio general», «un paradigma que representa un mundo estático, cerrado y determinista»[83], que, ya lo habíamos señalado, constituye la cara económica de la ética kantiana. Evidentemente hay un problema de epistemología inadecuada. Pero dicho problema responde, a su vez, a una antropología y metafísica implícitas. De a poco iremos despejando estas cuestiones.

Los críticos de la teoría neoclásica son economistas. Sus objeciones han sido planteadas con mayor o menor profundidad. Sin embargo, podemos reducirlas en última instancia a señalar sus problemas epistemológicos y metodológicos. Ludwig von Mises ha puesto de relieve los primeros hace ya muchos años. Frente al monismo metodológico neoclásico, él reclama por un dualismo metodológico. Desde el prefacio a la primera edición de los *Grundprobleme der Nationalökonomie* (1933), señala que el problema de la economía es que no le es aplicable la epistemología de sus días, sólo interesada en ciencias como la matemática, física o biología. En el prefacio a la edición inglesa del mismo libro, dice textualmente: «Las doctrinas epistemológicas populares de nuestra época no admiten que hay una diferencia fundamental entre el reino de hechos que investigan las ciencias naturales, y el dominio de la

[79] S. RICOSSA, *Aspetti attuali della teoria economica neoclassica*, Utet, Torino 1991, p. 3.

[80] J. A. SCHUMPETER, *Historia del análisis económico*, FCE, México 1975, p. 142.

[81] Cfr. M. BLAUG, «Was There a Marginal Revolution?», en R. D. COLLISON BLACK-A. W. COATS-C. D. W. GOODWIN (ed.), *The Marginal Revolution in Economics*, Duke University Press, Durham 1973, p. 14.

[82] Al respecto, cfr. el tradicional artículo de W. JAFFÉ, «Menger, Jevons and Walras De-Homogenized»: *Economic Inquiry* XIV (1976) 511-524; J. R. HICKS, «Revolutions in Economics», en J. L. SPIRO (ed.), *Method and Appraisal in Economics*, Cambridge University Press, Cambridge 1976, p. 214; J. C. CACHANOSKY, «La escuela austríaca»: *Libertas* (1984) 202ss.; G. P. O'DRISCOLL JR., *Economics as a Coordination Problem*, Andrews & McMeel, Kansas City 1977, p. 7; y P. MIROWSKI, *Against Mechanism*, Rowman & Littlefield, New Jersey 1988, pp. 22ss.

[83] A. BOSCH-P. KOSLOSWKI-R. VEIT (ed.), *General Equilibrium or Market Process*, J. C. B. Mohr, Tübingen 1990, p. VII.

acción humana que es el objeto de la economía y la historia. La gente alimenta algunas ideas confusas acerca de una "ciencia unificada" que tendría que estudiar el comportamiento de los seres humanos con los métodos que aplica la física newtoniana a la masa y el movimiento»[84]. Dedica el capítulo tercero a proponer un nuevo método de conocimiento de la economía —la concepción—, distinto del propio de las ciencias naturales, y también de la historia. De modo que los austríacos se separan en su concepción epistemológica y metodológica tanto de la escuela de Lausana como de la escuela histórica alemana. También para Hayek el problema principal de la postura neoclásica es metodológico: «Esta confusión [acerca de la naturaleza del problema económico] se debe a la transferencia errónea de los hábitos de pensamiento desarrollados para tratar los fenómenos de la naturaleza a los fenómenos sociales»[85].

En definitiva, el carácter epistemológico y metodológico adoptado por la ciencia económica neoclásica sería el propio de las ciencias naturales —físicas o biológicas—, especialmente el de la mecánica. Son muchos los economistas que han señalado esta inconveniencia metodológica. En este sentido es importante el trabajo de Frank H. Knight, «Statics and Dynamics. Some Queries Regarding the Mechanical Analogy in Economics», recogido en su libro *The Ethics of Competition*, donde muestra que la analogía mecánica es inadecuada e inaplicable en muchos campos de la economía[86]. El sociólogo Irving Kristol opina que se puede decir que la economía smithiana comportaba un universo newtoniano sólo de un modo analógico, ya que el economista escocés conservaba la voluntariedad humana en la acción económica. En cambio, «el objetivo de la economía postsmithiana es liberar gradualmente al universo económico de la actividad humana voluntaria, hacer de ese universo económico un modelo separado de la realidad, de la misma manera en que los físicos crean un modelo abstracto de la realidad física, y a partir de ese modelo, basado en la menor cantidad posible de axiomas, deducir "leyes" que "gobiernan" el mundo real que habitamos»[87]. Para Floyd McFarland, en cambio, también la misma doctrina smithiana es un subproducto del mecanismo newtoniano. Reconoce que esta afirmación puede no tener suficiente fuerza, pero, continúa, en la revolución marginalista de los años 1870 la impronta newtoniana queda clara. Dicho movimiento, sigue McFarland, trajo consigo un nuevo paradigma denominado neoclásico, cuyos elementos subjetivos dieron oportunidad al ingreso del cálculo infinitesimal en la economía[88].

El problema de este planteamiento metodológico de la economía es, como opina el poskeynesiano Alfred Eichner que «la visión mecanicista que empapa la teoría e-

[84] L. VON MISES, *op. cit.*, p. V.

[85] F. A. VON HAYEK, «The Use of Knowledge in Society», en ID., *Individualism and Economic Order*, The University of Chicago Press, Chicago 1948, p. 79.

[86] F. H. KNIGHT, *The Ethics of Competition and Other Essays*, George Allen & Unwin, London 1951, pp. 161-185. Cfr. también pp. 241-242 (ensayo «Value and Price»).

[87] I. KRISTOL, «El racionalismo en la economía», en D. BELL-I. KRISTOL (ed.), *La crisis en la teoría económica*, El Cronista Comercial, Buenos Aires 1983, p. 283.

[88] F. B. MCFARLAND, *Economic Philosophy and American Problems*, Rowman & Littlefield, Savage 1991, Ch. 1, passim. Sobre la evaluación de la influencia newtoniana en la escuela neoclásica, cfr. I. M. KIRZNER, *The Economic Point of View*, Sheed & Ward, Kansas City 1976, pp. 27-28.

conómica no consigue captar la complejidad de los procesos económicos actuales»[89]. La opinión de que el modelo neoclásico es un modelo mecánico, también es común a los neo-austríacos y «subjetivistas radicales». Ya vimos algunas afirmaciones de Mises y de Hayek, a las que podríamos agregar cientos más. «La ciencia económica —dice Gerald O'Driscoll—, aún antes de la generalizada adopción de los modelos de equilibrio general, desafortunadamente se había transformado virtualmente en una rama de la mecánica»[90]. Israel Kirzner, por su parte, señala que con la llegada del modelo neoclásico aumenta la atracción hacia la analogía de la mecánica. Pone el caso de Jevons y Edgeworth, el de Pantaleoni y el del a su juicio más extremo al respecto, Joseph Schumpeter[91]. Karl Mittermaier llega a acuñar el término «Mecanomorfismo» para denominar esta costumbre de pensar lo económico como un sistema mecánico[92]. Las manifestaciones sobre este tema de George Shackle, uno de los subjetivistas radicales más extremos, son rotundas. La economía neoclásica, dice el economista inglés, es «el correlato humano de la mecánica celeste»[93]. «Trataron a la economía como un mecanismo»[94]. En consecuencia, «han tratado al ser humano como una máquina, han encontrado en el interés en sí mismo una especie de "fuerza de gravedad" económica, cuyo impulso los comunica en forma inequívoca e infalible con el sujeto actuante; y, sin embargo, han usado palabras tales como "causa", que parecen fuera de lugar en un modelo puramente determinista del universo económico» (Shackle considera que en lo humano para «haber causas, debe haber elección *impredicible*»)[95].

Como podemos ver hay un consenso generalizado acerca del molde mecanicista de los neoclásicos. Ahora pasamos a precisar de qué teoría mecánica se trata, y a ilustrarlo con textos de los autores neoclásicos. Para estas tareas acudimos a la ayuda, entre otros, de un trabajo del profesor Nicholas Georgescu-Roegen[96] y otro de Philip Mirowski[97].

William Stanley Jevons afirma que su ecuación del cambio no difiere de aquéllas usadas en muchas ramas de la ciencia física. Su teoría es una mecánica de la utilidad y el autointerés. La economía así concebida presenta una estrecha analogía con la mecánica estática, y encuentra que las leyes del cambio se parecen a las del equilibrio de

[89] A. S. EICHNER, Introd. to ID. (ed.), *Why Economics Is Not Yet a Science?*, M. E. Sharpe, New York 1983, p. 12.

[90] G. P. O'DRISCOLL, *op. cit.*, p. XVIII.

[91] I. M. KIRZNER, *op. cit.*, pp. 69-70. Sobre este aspecto del pensamiento de Schumpeter, cfr. también F. VON HAYEK, *op. cit.*, pp. 89-91.

[92] K. MITTERMAIER, «Mechanomorfism», en I. M. KIRZNER (ed.), *Subjectivism, Intelligibility and Economic Understanding*, New York University Press, New York 1986, p. 237.

[93] G. L. S. SHACKLE, *The Years of High Theory*, Cambridge University Press, Cambridge 1967, p. 4.

[94] G. L. S. SHACKLE, *La naturaleza del pensamiento económico. Trabajos escogidos. 1955-1964*, FCE, México 1969, p .43.

[95] *Ibid.*, p. 21.

[96] N. GEORGESCU-ROEGEN, «A Historical Perspective of Possible Bridges Between the Economic and the Nature Domains», en A. BOSCH-P. KOSLOSWKI-R. VEIT (ed.), *General Equilibrium or Market Process*, pp. 21-49.

[97] PH. MIROWSKI, *op. cit.*, Introd. and Ch. 1.

un nivel[98]. Jevons llegó a explicar las crisis comerciales por la alteración periódica de las manchas solares[99]..Mirowski considera que la metáfora de las ciencias físicas es el principio unificador que Jevons aplica a todos los campos, incluso el moral. Respecto a Francis Ysidro Edgeworth, basta mencionar el título de su libro *Mathematical Physics*, en el que sostiene que la mecánica social debe tomar su lugar junto a la mecánica celeste.

Los *Elementos* de Léon Walras dicen, por su parte, que «la teoría pura de la economía es una ciencia que se parece en todo sentido a las ciencias físico-matemáticas[100]. En la economía se dan relaciones puras —independientes de la voluntad humana—, objetos de la ciencia pura. En cuanto a su discípulo, Vilfredo Pareto, manifestó en varias oportunidades que «la teoría de la economía adquiere así el rigor de la mecánica racional», o de la mecánica celeste[101].

Ahora bien, se debe hacer otra precisión. A pesar de que se afirme que el paradigma es el newtoniano, Mirowski piensa que la referencia al mismo se limita a contextos no esenciales. Y afirma: «El surgimiento de la teoría energética en la física indujo el invento de la teoría económica neoclásica proveyéndole la metáfora, las técnicas matemáticas y nuevas actitudes en relación a la construcción de teorías. La física de mediados del siglo XIX se adueñó de la teoría económica neoclásica; la utilidad fue redefinida de modo de igualarse a la energía»[102]. Mirowski posteriormente ilustra su afirmación con datos bibliográficos y citas de Jevons, Walras y Pareto.

Esta visión coincide con la de Georgescu-Roegen, y es tomada también por Koslowski[103]. En un largo artículo el primero muestra la evolución del principio de acción mínima. Dicho principio establece que cuando hay un cambio en la naturaleza la cantidad de acción empleada en dicho cambio es la menor posible. El principio neoclásico de maximización y de racionalidad económica es la expresión social del anterior. Dicho principio comienza en sede metafísica en Leibniz y Malebranche. Lo formula por primera vez Pierre-Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759)[104]. Luego es complementado por Leonhard Euler y el Conde de Lagrange. Los últimos toques son dados por Sir William Hamilton. De él, Georgescu-Roegen pasa a Walras, y al modelo de equilibrio general de Arrow-Debreu. Otra línea afín a la de Maupertuis es

[98] Cfr. W. S. JEVONS, *The Theory of Political Economy*, 5th ed., Kelley & Millman, New York 1957, pp. VII, 21 y 104.

[99] Sobre este tema, cfr. R. B. EKELUND-F. HÉBERT, *Historia de la teoría económica y de su método*, McGraw-Hill, Madrid 1992, pp. 388-390.

[100] L. M.-E. WALRAS, *Éléments d'économie politique pure*, éd. définit., Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, Paris 1952, p. 29.

[101] V. PARETO, *Manual of Political Economy*, Kelley, Nueva York 1971, pp. 36 y 113, apud PH. MIROWSKI, *op. cit.*, p. 15; y V. PARETO, «On the Economic Principle», en *International Economic Papers*, Macmillan, New York 1953, p. 207, apud K. MITTERMAIER, art. cit., p. 249 nt. 9.

[102] PH. MIROWSKI, *op. cit.*, p. 17.

[103] Cfr. P. KOSLOWSKI, *Economics and Philosophy*, J. C. B. Mohr, Tübingen 1985, pp. 46-53; ID., *The Ethics of Capitalism*, pp. 2-6.

[104] Cfr. L.-P. M. DE MAUPERTUIS, «Las leyes del movimiento y del reposo deducidas de un principio metafísico», en ID., *El orden verosímil del cosmos*, Alianza, Madrid 1985, p. 124.

la iniciada por otro principio —de la termodinámica— de André-Louis Le Châtelier, que se aplica a los modelos de Pareto, Samuelson y Hicks[105].

En cuanto a la teoría neoclásica, sólo nos restaría explicitar mejor sus presupuestos filosóficos. Hemos mostrado que dicha teoría adopta la epistemología y metodología propias de la ciencia natural. Esto supone una concepción determinada acerca de la acción económica, objeto de la correspondiente ciencia, que quedaría desprovisto de libertad, o poseería una libertad que no es tal. La abstracción del *homo oeconomicus* hace posible este tratamiento desnaturalizado. En realidad, siempre que se pretenda conocer lo económico con exactitud, sólo cabe esta limitación o reducción deliberada del objeto.

El sistema neoclásico pasa de la explicación a la predicción y la prescripción. En efecto, si el modelo neoclásico logra detectar la situación óptima, simultáneamente impone los comportamientos de los niveles individual y social que conducen a la misma. Los equilibrios del consumidor y el productor norman las cantidades a consumir y producir por el individuo implicado. Pero al pasar del equilibrio parcial al general, también se está normando la conducta de la sociedad, lo que sólo es posible con la intervención de una autoridad central, tal como sucede en la teoría de la economía del bienestar. Como muy bien advierte Hayek «se pasa de un orden social que descansa en el reconocimiento de ciertos principios, a un sistema en el cual se crea el orden mediante mandatos directos»[106]. Este segundo «falso individualismo» corresponde, señala muy agudamente el pensador austríaco, a una tradición intelectual de racionalismo continental iniciada por Descartes que siempre termina impulsando las tendencias colectivistas. En efecto, también hemos mencionado la presencia de Leibniz y Malebranche en los albores del principio de acción mínima que luego se aplica, con la misma pérdida de la libertad, en la economía neoclásica[107].

«Todo sistema científico tiene su metafísica»[108]. Queda claro que el modelo neoclásico resulta de la aplicación de métodos adecuados a las ciencias naturales, como el de acción mínima. Cuando este principio es usado como principio metafísico y se impone al acontecer humano se construye un orden natural humano a imagen del orden natural cósmico, es decir, sin libertad. Estas ideas corresponden al pensamien-

---

[105] A nuestro juicio no tiene sentido detallar aquí los razonamientos de Mirowski, Georgescu-Roegen y Koslowski. Quien quiera profundizar en la relación del principio de acción mínima y la teoría energética con la economía neoclásica puede acudir a sus trabajos.

[106] F. VON HAYEK, «Individualism: *True and False*», en *Individualism and Economic Order*, p. 1.

[107] P. Koslowski considera que el modelo de equilibrio general neoclásico es tributario del principio de Maupertuis, mientras que el enfoque del proceso de mercado de los austríacos correspondería al pensamiento de Leibniz, el cual sería un marco más idóneo para la explicación del funcionamiento del mercado. Koslowski ve en la tensión teleológica de las mónadas leibnizianas una mayor cabida al resguardo de la individualidad y la libertad, que darían pie a una consideración más realista del mercado. Cfr. P. KOSLOWSKI, *Economics and Philosophy*, pp. 50-64; ID.,*The Ethics of Capitalism*, pp. 12-20. Hans Albert —también nosotros— duda de que esto sea así: cfr. H. ALBERT, «On Using Leibniz in Economics. Comment on Peter Koslowski», en P. KOSLOWSKI (ed.), *Economics and Philosophy*, pp. 68-78. De todos modos se trata de una precisión de detalle que no altera el argumento principal.

[108] M. HOLLIS,-E. J. NELL (ed.), *Rational Economic Man. A Philosophical Critique of Neoclassical Economics*, Cambridge University Press, Cambridge 1975, p. 21.

to del racionalismo continental moderno. El espíritu constructivista de la realidad, se traslada del campo gnoseológico al metafísico, y también pretende construir el curso de la acción humana, incluida la económica. Por eso, los métodos físicos resultan tan adecuados en esta teoría neoclásica. Pero por más que se piense la realidad de un modo, la misma sigue siendo tal como es y se subleva al pensamiento. Consecuentemente, las teorías racionalistas de la economía fracasan tanto a nivel explicativo como predictivo, y son asfixiantes a nivel normativo. Como dice Mises, «all mechanistic analogies are misleading»[109]. No se puede encarar el estudio de un objeto libre con analogías y métodos adecuados para objetos y relaciones predeterminadas. Además siguiendo a Grunberg podemos afirmar que mientras la economía se ocupa de sistemas «abiertos», las ciencias físicas lo hacen de «cerrados»[110]. En los sistemas abiertos los valores y las relaciones cambian. En cambio, en los sistemas cerrados hay algunas relaciones tan fuertes que se pueden usar con propiedad las cláusulas *coeteris paribus*. En economía esas «otras cosas iguales» no pueden ser despreciadas pues influyen realmente en las variables[111].

La deficiencia epistemológica, su consiguiente falla metodológica, y su concepción del hombre y la acción humana implícita, son los problemas de fondo del modelo neoclásico. Todas las terapias que se dirijan a la solución de otros problemas, tales como las evoluciones de la teoría de las expectativas racionales o los intentos institucionalistas que Furubotn denomina «híbridos» por su enraizamiento neoclásico (Coase, Williamson, Demsetz, Nelson, Winter, Becker, Alchian)[112], podrán mitigar los síntomas, pero no curar la enfermedad.

Nos resta decir algunas palabras sobre el paradigma epistemológico de la escuela austríaca. En primer lugar, pensamos que la consideración de lo económico como acción humana intencional propia de los austríacos —Menger, Mises, Hayek— supone una postura sobre el objeto de la economía mucho más adecuada que la neoclásica. Esta postura conduce a un planteamiento epistemológico que también es más acertado. Sin embargo, la asimilación del resultado de las acciones intencionales a un mecanismo en Menger, la identificación entre intencionalidad y racionalidad en Mises, la teoría del orden espontáneo en Hayek, y, en general, la erección de la libertad exterior formal como principio supremo y absoluto, son posiciones centrales que, sino son causas, son al menos coherentes con la persistencia de la escisión hechos-valores sostenidas por estos autores. Podríamos ilustrarlo con numerosísimas citas de dichos autores[113]. Tomaremos sólo una de cada uno, a modo de ejemplo. Dice

[109] L. VON MISES, *op. cit.*, p. 47.

[110] En realidad, las últimas teorías físicas consideran que su objeto es más bien un sistema abierto.

[111] Cfr. E. GRUNBERG, «"Complexity" and "Open Systems" in Economic Discourse»: *Journal of Economic Issues* (1978).

[112] Cfr. E. FURUBOTN, «The Old and New Institutionalism in Economics», en P. KOSLOWSKI (ed.), *The Ethics of Capitalism*, ed. cit.

[113] Cfr. sobre la cuestión de la *Wertfreiheit* en la escuela austríaca, I. M. KIRZNER, «Value-freedom», en P. J. BOETTKE (ed.), *The Elgar Companion to Austrian Economics*, E. Elgar, Aldershot 1994, pp. 313-319; y R. CUBEDDU, «The "Irrelevance" of Ethics for the Austrian School», en P. KOSLOWSKI (ed.), *The Theory of Ethical Economy in the Historical School*, ed. cit. Ambos autores son partidarios de la posición austríaca.

Menger: «It is the task of the science to be concerned solely with fact and not with value»[114]. Dice Mises: «It is no part of the task of science to examine ultimate questions or to prescribe values and determine their order of rank»[115]. Y, finalmente, dice Hayek: «The rules of morality are not the conclusions of our reason»[116]. Es decir que, a pesar de tantas consideraciones que suponen un avance y que los encaminarían en este sentido, los austríacos no llegan a volver al paradigma práctico. Todavía hay mucho de racionalidad teórica en su teoría. Esta marginación de las cuestiones morales los hace caer en visiones que vuelven sobre un concepto, que aunque más mitigado, es el de un equilibrio mediatamente automático. Esta concepción supone algo que ellos mismos no aceptarían: una limitación a la libertad humana.

Hemos considerado el descamino metodológico de la economía, sus motivos y sus fallos. También, puesto que las críticas a estos últimos provienen de los mismos economistas, hemos comenzado a mostrar el cambio que se está produciendo en la ciencia económica, en el sentido de un retorno al paradigma práctico. Dedicaremos esta última parte del trabajo a completar la reseña de este movimiento.

HACIA UNA RECUPERACIÓN DE LA PRACTICIDAD DE LA ECONOMÍA

Podemos considerar que son dos las rectificaciones importantes que debería realizar la economía para volver al paradigma práctico. La primera de ellas consistiría en el reconocimiento de la inexactitud de sus conclusiones, debido a su imprevisibilidad. En este sentido se han dado pasos muy importantes, sobre todo en el ámbito de autores tan dispares como John Maynard Keynes, George Shackle, Ludwig Lachmann y Jack Wiseman. Respecto a la segunda, el eco de los economistas profesionales ha sido mucho más tímido. Nos referimos al abandono del criterio de la avaloratividad —*Wertfreiheit*—. Sin embargo, hay algunos economistas que han vislumbrado la necesidad de incluir los valores en la ciencia económica[117]. Nos proponemos presentar primero y brevemente el pensamiento de Lionel Robbins[118]. Nos interesa exponer a Robbins, puesto que sus ideas conceptuales y metodológicas acerca de la economía siguen siendo citadas en las introducciones a los diversos manuales, como si fueran casi las «definiciones oficiales».

Robbins tuvo una evolución en su pensamiento metodológico y su epistemología implícita. Resulta adecuado distinguir dos problemas asociados: el de la metodología propiamente dicha, y el de la inclusión o no de los juicios de valor en la ciencia eco-

---

[114] C. MENGER, [1889] 1960, p. 20.

[115] L.VON MISES, *op. cit.*, p. 49.

[116] FRIEDRICH A. VON HAYEK, 1988, p. 66.

[117] Por ejemplo, John Neville Keynes, padre de Maynard. Cfr. J. N. KEYNES, *The Scope and Method of Political Economy*, rpt,, A. M. Kelley, New York 1963; y R. F. CRESPO, «La cuestión metodológica en Keynes padre: un acercamiento a la consideración práctica de la economía», cit.

[118] El autor ha hecho su tesis doctoral en filosofía sobre el pensamiento metodológico de Robbins. Se puede consultar R. F. CRESPO, «El concepto de economía y el método de su ciencia en Lionel Robbins»: *Philosophica* XVIII (1996).

nómica, más propiamente epistemológico. Respecto al primer problema, conviene dividir dos etapas en el pensamiento de Robbins. La primera corresponde al *Ensayo*, más estrictamente a su primera edición de 1932. En ella, Robbins sigue la tradición deductivista de sus antecesores Nassau Senior, John Stuart Mill y John E. Cairnes. Las leyes económicas son deducciones necesarias a partir de axiomas siempre válidos que se conocen por observación externa o introspectiva. Lo más importante en la metodología es cuidar la obtención de los axiomas ya que toda la ciencia económica se apoya en la validez de ellos. Cuando, al volver a los hechos, estos no coinciden con las leyes, estamos frente a un problema de aplicabilidad, de resultas del cual pueden surgir postulados o axiomas auxiliares. La ciencia económica es en sí misma exacta por la validez universal de sus axiomas. Esta es la etapa de la que él mismo, según ya aclaramos y citaremos, se va a quejar por su excesivo «esencialismo». Ya en la segunda edición del *Ensayo* procura dar un matiz hipotético a los axiomas. Esto se hace más evidente en su artículo «Live and Dead Issues in the Methodology of Economics» de 1938. Allí dirá: «No pienso que exista un solo economista que discuta que el método apropiado de la economía sea la construcción y desarrollo de hipótesis sugeridas por el estudio de la realidad, y el "testeo" de la aplicabilidad de los resultados volviendo a la realidad». Habrá diferencias en cuanto a las formas particulares de la deducción e inducción que uno u otro aplique. «Pero entre gente sensible no hay discusión alguna acerca de la necesidad de combinar la deducción y la inducción [...] Todos estamos de acuerdo en general en que ambas, deducción e inducción, sistema teórico y observación, son necesarias»[119]. Posteriormente, su contacto con Karl Popper, compañero de claustro en la London School of Economics, le confirmará en la aplicación del método hipotético-deductivo, aunque con algunas diferencias respecto a las propuestas del epistemólogo austríaco fallecido en 1994.

En cuanto al segundo problema metodológico —y más propiamente epistemológico—, la inclusión de los valores en la ciencia económica, también se puede observar una variación, aunque más leve, en su pensamiento. Robbins es tributario de la *Wertfreiheit* weberiana, como condición de cientificidad. A ésta se debe su exclusión del conocimiento científico de la cuestión de los fines. Sin embargo, Robbins sostendrá, con los años, la necesidad de desarrollar un saber valorativo acerca de lo económico. Robbins primero hizo teoría (ciencia) económica. Pero como él mismo ha afirmado «todo ello estaba en un plano de abstracción muy elevado»[120]. Sin embargo, «hay otro nivel, sigue, en el que el análisis económico toma contacto con los supuestos acerca de los objetivos finalmente deseables de la sociedad acerca de los cuales [...] no había prestado atención»[121]. Comienza entonces a publicar una serie de escritos acerca de la teoría de la política económica. Su contacto con los clásicos ingleses, que se va haciendo cada vez mayor con el paso de los años debido a sus intereses históricos, da un soporte o justificación a su nuevo interés, ya que precisamente lo

[119] L. ROBBINS, «Live and Dead Issues In the Methodology of Economics»: *Economica* (1938) 346 y 352.

[120] L. ROBBINS, *Autobiography of an Economist*, Macmillan, London 1971, p. 150.

[121] *Ibid.*

que ellos llamaron economía política no es otra cosa, que un estudio teórico acerca de la política económica como el que propondrá hacer Robbins. Como él mismo señala, «adopté el hábito de designar esos intereses por el término antiguamente acuñado de Economía política, de modo de dejar clara su dependencia de los juicios de valor y distinguirla de la ciencia pura. Así anuncié mi *Economic Planning and International Order* como "esencialmente un ensayo acerca de lo que puede ser llamado economía política, como distinto de la economía (*economics*) en el estricto sentido de la palabra. Depende del aparato técnico de la economía analítica (*Analytical Economics*); pero aplica ese aparato al examen de esquemas para el logro de propósitos cuya formulación reside fuera de la economía (*economics*) y no se abstiene de acudir a los resultados probables de la práctica política cuando ellos parecen relevantes"»[122]. Esta idea del *Economic Planning* de 1937 se va haciendo cada vez más firme con el paso de los años, y se encuentra en varias obras posteriores. «En la aplicación de la ciencia económica a los problemas políticos, sostengo que debemos reconocer la introducción de supuestos valorativos esencialmente incapaces de ser profundizados científicamente»[123]. No es ciencia, pero sí «una rama de la actividad intelectual»[124].

Esta última frase evidencia que el prejuicio positivista persiste. Pero a pesar de ello, el reconocimiento del estatuto de «rama de la actividad intelectual» para la así denominada economía política es todo un avance. Por otra parte, al economista no le alcanza con sus conocimientos de teoría para cumplir su cometido práctico. Robbins, con sus años de experiencia, piensa que la solución está también en el desarrollo de la economía política e incluso señala los estudios que lo deberían componer. Llega a hacer propuestas muy concretas. Las mismas se orientan más a la formación de economistas políticos, que a la de economistas teóricos puros. Para Robbins el perfil ideal de un economista no es el de un investigador encerrado en su gabinete, sino el de un profesional con una activa participación política (en sentido amplio). Grandes economistas como, e. g., Ricardo en la actividad privada, y Menger, Keynes y el mismo Robbins en los asuntos públicos, han encarnado ese perfil. No se pretende necesariamente formar un político, pero sí al menos un economista político. El economista político debe tener profundos conocimientos de ciencia económica, pero no sólo ello. Los criterios de valoración que adopta la economía política provienen, sostiene Robbins, de fuera de la ciencia económica, de la filosofía, particularmente política y social, y de la ética. Pero además de los criterios de valoración, la praxis requiere otra serie de conocimientos de administración pública, psicología social, filosofía política, derecho, historia, e incluso de obras clásicas de la literatura[125].

Pensamos haber mostrado que la evolución del pensamiento de Robbins, tanto por lo que hace al carácter hipotético de la ciencia económica como por su propuesta de un saber valorativo de lo económico, apuntan en el sentido de una rehabilitación de la economía como ciencia práctica. Pero estos reclamos son mucho más ge-

---

[122] *Ibid.*

[123] L. ROBBINS, «Economics and Political Economy»: *American Economic Proceedings* (1981) 9.

[124] *Ibid.*

[125] Cfr. L. ROBBINS, «The Economist in the Tewntieth Century»: *Economica* (1949); ID., «The Teaching of Economics in School and Universities»: *The Economic Journal* LXV (1955).

nerales y se dirigen especialmente a la corriente principal de la teoría económica. Esta última responde a un esquema mental fundamentalmente neoclásico, ortodoxo o convencional, términos que usamos indistintamente. Por eso, la tarea que nos queda es hacer una breve reseña de los argumentos de esos economistas heterodoxos, y de varias propuestas positivas coherentes con el paradigma práctico.

Las críticas a la teoría económica convencional han sido realizadas desde otras posturas económicas, con mayor o menor profundidad. Podemos nombrar, entre éstas, las siguientes corrientes: a) los austríacos y neo-austríacos (Murray Rothbard, Israel Kirzner); b) los subjetivistas radicales (Ludwig Lachmann, George Shackle, Jack Wiseman, Stephen Littlechild); c) el nuevo institucionalismo, con todas sus formas, algunas de las cuales acuden, no obstante, a bases fundamentalmente neoclásicas; d) críticas que obedecen a la teoría de la firma (Harvey Leibenstein, Albert Hirschman); e) los postkeynesianos, críticos de las clásicas interpretaciones del economista inglés por autores como Kaldor, Harrod, Hicks y Samuelson (Alfred Eichner; Paul Davidson)[126]; f) la corriente radical de la economía política (Herbert Gintis; Samuel Bowles); g) desarrollos de antropología económica (Karl Polanyi, por los substantivistas y Manning Nash por los formalistas, y un mundo de autores, casi desconocidos para los economistas); h) los «retóricos», como D. MacCloskey[127]; i) los «radicales humanistas» (Mark Lutz y Kenneth Lux); j) los *Communitarians* (Amitai Etzioni con su *Socioeconomics*); k) quienes señalan la necesidad de un enfoque macro sociológico pues podría haber diferencias esenciales entre los enfoques micro y macro, entre racionalidad subjetiva y sistémica (Talcott Parsons, Hirschman, Raymond Boudon, Jon Elster).

Todos ellos suelen coincidir en señalar el irrealismo de los supuestos y de la univocidad de los resultados de la teoría neoclásica, condicionados como están por su desarrollo *more physico*. Lamentablemente los economistas críticos de la que es la *mainstream*[128], *the standard*[129] *or conventional economics*[130], etc., según los llaman algunos u otros de ellos, no cuentan con las herramientas filosóficas que les permitiría un planteamiento alternativo sólido. Sin embargo a lo que indudablemente apuntan, sin saberlo, es a reclamar por un paradigma práctico para su ciencia, en el sentido clásico de la ciencia o filosofía práctica. Los clasificaremos dos grandes grupos. Primero, los que apuntan principalmente a la cuestión metodológica, señalando, bajo varios aspectos, que el objeto incierto de la economía requiere un tratamiento y pre-

[126] Estamos suponiendo que la teoría keynesiana queda incorporada al modelo neoclásico o convencional. De hecho este trabajo fue efectuado por Hicks y Samuelson. Asímismo, consideramos derivaciones de la misma teoría neoclásica a los desarrollos de equilibrio general alrededor de los problemas del óptimo paretiano y las teorías que incorporan las expectativas racionales, con uso de instrumental de la teoría de los juegos, tan en boga los últimos años (John Muth, T. J. Sargent, Robert E. Lucas).

[127] Antes Donald, ahora Deirdre, profesor de la Universidad de Iowa, por cambio de sexo.

[128] En, e. g., «Announcement. A Plea For a Pluralistic and Rigorous Economics»: *American Economic Review* LXXXII (1992).

[129] L. DWYER, «Value Freedom and the Scope of Economic Inquiry»: *American Journal of Economics* XLI (1982) 161.

[130] J. R. STANFIELD, «Institutional Analysis: Toward Progress In Economic Science», en A. S. EICHNER (ed.), *op. cit.*, pp. 187ss.; A. S. EICHNER, *Ibid.*, p. 235.

tensión de exactitud diversos a los actuales. Un segundo grupo será el conformado por los que denuncian la imposibilidad de la neutralidad valorativa.

Entre los primeros, Sir John R. Hicks, uno de los realizadores de la síntesis neoclásica que incluye el caso keynesiano, reconoce sin embargo que los hechos que estudia la economía cambian, son impredecibles y requieren teorías muy distintas a las de las ciencias naturales[131]. Esta característica fundamental de la acción humana que conduce a la ignorancia sobre el futuro, ha sido uno de los argumentos importantes del mismo Keynes, y es pieza central en autores como George L. S. Shackle y Ludwig M. Lachmann. Antes de que aparecieran los teóricos de las expectativas racionales, Keynes ya los había criticado. Como señala Vicente Vázquez Presedo, que habla muy agudamente de una «keynesianismo metodológico», «lo que Keynes sostiene es que las decisiones humanas que afectan el futuro, ya sean ellas personales, políticas o económicas, no puede reducirse a una estricta esperanza matemática, ya que no existirían, en general, las bases para cálculos de esta clase»[132]. El economista de Cambridge señala, con su fina ironía, la reacción propia del economista imbuido de este espíritu neoclásico, al finalizar su reseña, por cierto crítica, a un libro de Tinbergen: «Tengo la sensación de que el profesor Tinbergen estará de acuerdo con gran parte de mi comentario. Pero sospecho que su reacción será añadir diez calculistas más y ahogar sus penas en aritmética»[133]. Al no lograr desprenderse del esquema mental neoclásico, transforman todo lo que no han podido examinar en variable exógena y lo dejan fuera del modelo. Las declaraciones de Terence Hutchison, viejo economista positivista, son sorprendentes. A pesar de manifestarse como popperiano —lo que estaría suponiendo una propuesta monista metodológica—, sostiene, citando la *Ética Nicomaquea*: «Deberíamos añadir que no sólo la certeza sino también a las conclusiones, las "teorías", las predicciones y las "leyes" (si las hubiera) deben depender de lo que admiten los objetos de las diferentes ciencias»[134]. Daniel Hausman, que ha publicado recientemente un libro titulado *The Inexact and Separate Science of Economics*, opina que a pesar de ser inexacta, la teoría económica es explicativa[135].

Otra manifestación del reconocimiento del carácter práctico del objeto de estudio por parte de este primer grupo es la insistencia, tanto de Keynes como de algunos economistas suecos (Knut Wicksell, Erik Lindahl y Gunnar Myrdal) y de los austríacos (Hayek y seguidores, con su concepto del mercado como proceso) en el carácter dinámico e histórico de lo económico. La ausencia de una dinámica económica ha sido una de las críticas muy frecuentadas por los economistas. Es otra cara de la moneda de las anteriores. Son muchos los que han intentado plantear un mo-

[131] Cfr. J. R. HICKS, «"Revolutions" in Economics», cit.

[132] V. VÁZQUEZ PRESEDO, «Keynes y el problema de la heterogeneidad temporal» *Económica* XLI (1995) 117.

[133] J. M. KEYNES, «Professor Tinbergen's Method»: *The Economic Journal* XLI (1939) 568.

[134] T. W. HUTCHISON, «On the History and Philosophy of the Science of Economics», en S. J. LATSIS (d.), *op. cit.*, 184.

[135] D. M. HAUSMAN, *The Inexact and Separate Science of Economics*, Cambridge University Press, Cambridge 1992, pp. 1-3, y Appendix, pp. 281-330. Cfr. también ID., «Are General Equilibrium Theories Explanatory?», en J. C. PITT (ed.), *Philosophy in Economics*, D. Reidel, Dordrecht-Boston-London 1979, p. 23.

delo dinámico: Marx, Keynes, Schumpeter. Sin embargo, en el marco del modelo neoclásico no parece posible hacerlo. Hablar de un modelo dinámico significa hablar del futuro, de imprevisibilidad, situación que debe ser reducida a alguna variable dentro del esquema neoclásico. La teoría económica, dice Daniel Bell, debe reingresar en el tiempo[136]. Shackle ha puesto especial énfasis en esta cuestión. Consignamos una cita suya que nos parece muy ilustrativa tanto por este problema, como por su relación con el resto de los problemas: «Equilibrio es racionalidad y es el único medio de racionalidad perfecta. Ahora bien, ¿cuáles son las implicaciones de esta construcción para la naturaleza de la existencia de los afectados? Implica una sociedad momentánea, un universo de acción que efectivamente existe solamente por un momento, un sistema sin tiempo. Porque aunque las acciones que son escogidas en él ocupan una cierta dimensión de tiempo en su actuación, los actos de escoger esas acciones deben ser simultáneos y, consecuentemente, en efecto, momentáneos»[137].

Las imperfecciones del mercado, otro argumento a favor de la practicidad, habían sido señaladas desde principios de siglo por Piero Sraffa (1926), Joan Robinson y Edward Chamberlin, que tomaron la posta de Antoine Cournot (1838) en la teoría de la competencia imperfecta. Los austríacos también sostienen la imperfección del mercado, la presencia de la ignorancia y el error, y la necesidad, a pesar de sustentar la libertad de valoración, de tener en cuenta el contexto institucional, en lo que coinciden con la amplísima corriente del nuevo institucionalismo. Es el caso, por ejemplo, de Hayek y Kirzner respecto a la importancia del factor empresarial[138]. Este último es relevante también en Harvey Leibenstein y bajo otros aspectos también en Hirschman[139]. El nuevo institucionalismo destaca la influencia de factores como el derecho, el gobierno, el factor empresarial y los costos de transacción[140].

Los que encaran el estudio de la economía desde la acción humana se quejan de la desnaturalización que sufre la misma en el esquema convencional. Estamos, señala James Buchanan, frente a una conducta necesaria, no frente a una elección[141]. El modelo neoclásico es el intento, subraya Mark Addleson, de construir una teoría de la elección predeterminada que no puede existir. Hay que abandonar el determinismo

---

[136] Cfr. D. BELL, «Modelos y realidad en el discurso económico», en D. BELL-I. KRISTOL (ed.), *op. cit*, pp. 118-120.

[137] G. SHACKLE, *La naturaleza del pensamiento económico*, p. 33.

[138] Cfr. el ya clásico I. M. KIRZNER, *Competition and Entrepreneurship*, University of Chicago Press, Chicago 1973.

[139] Cfr. H.LEIBENSTEIN, «Allocative Efficiency vs. *X* Efficiency»: *American Economic Review* LVI (1966); ID., «Entrepreneurship and Development»: *Ibid.* LVIII (1968); ID., «Microeconomía y teoría de la eficiencia *X*: Si no hay crisis, debería haberla», en D. BELL-I. KRISTOL (ed.), *op. cit*, pp. 142-159; y A. O. HIRSCHMAN, *Exit, Voice and Loyalty. Responses to Declin in Firms, Organizations and States*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1970.

[140] Para una perspectiva sobre el nuevo institucionalismo, cfr. E. FURUBOTN-R. RICHTER (ed.), *The New Institutional Economics*, J. C. B. Mohr, Tübingen 1991; y R. LANGLOIS, «The New Institutional Economics: An Introductory Essay», en ID., (ed.), *Economics as a Process*, Cambridge University Press, Cambridge 1986.

[141] J. M. BUCHANAN, «Is Economics the Science of Choice?, en E. STREISSLER (ed.), *Roads to Freedom*, Kelley, New York 1979, pp. 47-64.

en la economía[142]. En el mismo sentido se pronuncia Jack Wiseman: las simplificaciones sobre la naturaleza de la decisión humana, propias de los neoclásicos, la terminan anulando[143]. Como dice George Shackle, el ser humano de los neoclásicos es una máquina[144]. Esta crítica a la ausencia de un concepto adecuado de acción humana en el modelo ortodoxo es un común denominador de toda esta línea de autores; las citas de los mismos se harían interminables.

Además, es dudoso que la racionalidad subjetiva coincida con la sistémica real. Una racionalidad sistémica construida sobre la base de la racionalidad subjetiva tiene deficiencias —tales como las externalidades, fallas de mercado—. La literatura sobre estas últimas es abundantísima[145]. Ello supone el recurso a instrumentos institucionales. Parece claro que la lógica de la acción colectiva es distinta, al menos en cierto nivel, de la individual. Este tema es enorme y no podemos desarrollarlo aquí[146]. Sin embargo tampoco podemos dejar de mencionar algunos nombres de figuras relevantes para el mismo, provenientes de tradiciones diversas, como los de Talcott Parsons[147], Raymond Boudon[148] y Jon Elster[149].

La culminación de la racionalidad para la mentalidad neoclásica es el equilibrio. Pero en las cosas humanas el equilibrio no es automático, sino que debe forjarse a través del aprendizaje, el conocimiento y sucesivos ajustes. Y también puede suceder que nunca se obtenga. Como dice Lachmann, «nunca se alcanzará el equilibrio del sistema económico como un todo. Para Shackle el equilibrio de largo plazo no es más que una expresión de una visión victoriana del mundo»[150]. Aún Hausman, que es bastante más moderado, considera que el equilibrio tiene sólo un carácter heurístico, y que no puede pretender tener validez de ley[151]. Fuera, agregamos nosotros, de lo que se pueda esperar de aquello que se considera una ley en el ámbito de las cosas humanas[152]. Pensamos que con estos testimonios es suficiente para el primer grupo, pues una recopilación completa llevaría un libro, y no es éste el objetivo del presente artículo.

---

[142] M. ADDLESON, «Robbins' *Essay* in Retrospect: On Subjectivism and on Economics of Choise», en M. BLAUG (ed.), *Pioneers in Economics*, E. Elgar, Aldershot 1992, pp. 220-228.

[143] J. WISEMAN, «Principles of Political Economy. An Outline Proposal»: *Constitutional Political Economy* I (1990) 101-124.

[144] G. L. S. SHACKLE, *La naturaleza del pensamiento económico*, p. 21.

[145] Cfr. la exposición de W. BAUMOL-W. OATES, *The Theory of Environmental Policy*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs 1975.

[146] Cfr. R. FORNERO, «Racionalidad sistémica y racionalidad subjetiva en eoconomía», en *II Simposio de Epistemología y Metodología en Ciencias Humanas y Sociales*, ed. cit., t. I, pp. 253-267.

[147] Cfr. T. PARSONS, «Sociological Elements in Economical Thought»: *Quarterly Journal of Economics* XLI (1935) 414-453 y 646-667.

[148] Cfr. A. PITHOD, «La "moral" económica. Determinismo y libertad»: *Ethos* VIII (1980) 29-31.

[149] Cfr. J. ELSTER, «Social Norms and Economic Theory»: *Journal of Economic Perspectives* III (1989) 99-117.

[150] L. LACHMANN, «From Mises to Schackle: An Essay on Austrian Economics and the Kaleidic Society»: *Journal of Economic Literature* XIV (1976) 81.

[151] Cfr. D. HAUSMAN, «Are General Equilibrium Theories Explanatory?, 26-28.

[152] R. RUBIO DE URQUÍA, «Ética eficiencia y mercado», en D. Melé (ed.), 51, habla de «una legalidad universal no determinista asequible, parcial e imperfectamente, a la razón teórica».

También sólo pondremos algunos ejemplos del segundo grupo, los que no creen en la neutralidad valorativa. Gunnar Myrdal, frecuentemente citado para ilustrar esta posición, no está solo en la crítica a la tentativa de una economía al margen de la valoración[153]. Kenneth Boulding, a pesar de sus manuales y contribuciones al tronco principal de la economía, considera que el *Wertfrei* es un concepto «absurdo»; ninguna ciencia, incluida la economía, puede prescindir de consideraciones morales: «Let us return then, concluye, to economics as a moral science»[154]. Frank Knight piensa que la ciencia social debe tratar de los valores y buscar la verdad práctica[155]. Samuel Weston, no obstante defender la distinción entre economía positiva y normativa, tampoco piensa que sea posible una economía *value-free*[156]. Daniel Hausman y Michael McPherson, en un informe reciente que trata de abarcar todos los enfoques ético-económicos contemporáneos, señalan la parcialidad de la racionalidad del *homo oeconomicus* y sostienen que los economistas «no deberían encogerse de hombros frente a las dificultades del entramado del comportamiento moral y la racionalidad económica», ya que ambas disciplinas están mutuamente relacionadas[157]. Peter Koslowski, propugnador de un programa de «economía ética», señala: «La teoría económica actual está inclinada a desestimar el hecho de que la acción económica es acción humana en un sentido comprehensivo, que contiene sus sobretonos morales y estéticos, y que debe estar sujeta a una reflexión moral individual y estética»[158].

Un argumento que se suele esgrimir desde la ortodoxia es que se conoce perfectamente el carácter abstracto del *homo oeconomicus*, y que se acude al mismo con un fin sólo metodológico. El problema es, como señala Barrère, que aunque se tiene conciencia de las limitaciones de las hipótesis, una vez propuestas, aquéllas se olvidan[159]. Se comete el llamado por Whitehead «error de concreción desubicada» que lleva a identificar conceptos abstractos con la realidad. Por otra parte, ya hemos señalado que dichas abstracciones no hacen avanzar la ciencia, sino al contrario.

Da la impresión de que se debe pasar por un cambio de mentalidad que se asemejaría a aquellas revoluciones científicas de las que habla Thomas Kuhn. Dicho cambio supone aceptar que, tal como reza el título de la obra de Hausman, la economía es una ciencia inexacta. Y esto porque, como ya vimos que decía el viejo Aristóteles, en esta materia «hemos de darnos por contentos con mostrar las cosas de un modo tosco y esquemático». Aceptada que la rigurosidad de la ciencia económica debe ser del tipo de la de las ciencias prácticas, no habrá ninguna dificultad en introducir con-

[153] G. MYRDAL, *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*, Gredos, Madrid 1967, p. 9.

[154] K. E. BOULDING, «Economics as a Moral Science»: *American Economic Review* LIX (1969) 4.

[155] F. H. KNIGHT, *On the History and Method of Economics*, University of Chicago Press, Chicago 1956, pp. 121-125.

[156] S. C. WESTON, «Toward a Better Understanding of the Positive/Normative Distinction in Economics»: *Economics and Philosophy* X (1994) 1.

[157] D. M. HAUSMAN-M. S. MCPHERSON, «Taking Ethics Seriously: Economics and Contemporary Moral Philosophy»: *Journal of Economic Literature* XXXI (1993) 688-689.

[158] P. F. KOSLOWSKI, *Economics and Philosophy*, p. 4.

[159] A. BARRÈRE, «L'économie imparfaite: le marché et le circuit. Propos sur un livre d'Henri Guitton»: *Revue Économique* XXXII (1981) 408.

sideraciones de tipo cultural, histórico o moral y métodos tanto deductivos, como inductivos, dialécticos y retóricos.

Si las cosas son tan claras, uno podría preguntarse porqué el paradigma no ha cambiado aún. Creo que nos hallamos justamente en ese momento en que se manifiestan los signos de que hay una crisis en la ciencia normal, pero que aún no se ha catalizado en una revolución. «La proliferación de articulaciones en competencia —citamos a Kuhn— la disposición para ensayarlo todo, la expresión del descontento explícito, el recurso a la filosofía y el debate sobre los fundamentos, son síntomas de una transición de la investigación normal a la no ordinaria»[160]. Todos ellos fenómenos reales en el ámbito económico. En mayo de 1992 se publicó en la *American Economic Review* una solicitada con el título de «Un reclamo por una ciencia económica pluralista y rigurosa». La convocatoria fue realizada por Geoffrey Hodgson y Donald McCloskey y la firman más de 40 economistas prestigiosos. Dice así: «A nosotros, los abajo firmantes, nos preocupa la amenaza a la ciencia económica ejercida por el monopolio intelectual. Hoy día los economistas imponen un monopolio metódico o de supuestos principales, frecuentemente defendidos sin más argumentos que el formar parte de la corriente principal (*mainstream*). Los economistas abogan por la libre competencia, pero no la practican en el mercado de las ideas. Consecuentemente, reclamamos un nuevo espíritu de pluralismo en la economía, que de cabida a la conversación crítica y a la comunicación tolerante entre los diversos enfoques. Dicho pluralismo no socavaría los niveles de rigor; una economía que se obliga a hacer frente a todos los argumentos será una ciencia más, no menos, rigurosa. Creemos que este nuevo pluralismo debería reflejarse en el carácter del debate científico, en la gama de contribuciones para las revistas y en la formación y empleo de los economistas». Pienso que estas manifestaciones son muy reveladoras del estado de transición de paradigmas en el que se haya la ciencia económica.

Por otra parte, como señalaba Terence Hutchison, «las teorías y programas de la economía y demás ciencias sociales tienden a vivir mucho sobreviviendo a menudo en un estado estable o semi-moribundo», lo que retrasa este cambio. Ello se debe, precisamente, a que en la economía dos más dos no son cuatro. Aunque parezcan exageradas, simplistas y muchas veces fundadas en un cierto resentimiento, de frente a los hechos a veces se comprueba que hay mucho de cierto en las apreciaciones de un Eichner, Earl o Stanfield acerca del *lobby* de los economistas académicos. En lo que están interesados los economistas —como cualquiera— es en su carrera personal. Para ello deben publicar mucho, conseguir fondos de investigación, presentar ponencias en congresos. Esto se facilita si se desarrollan los temas e ideas del «establishment» de ese «sistema social» que constituyen los economistas académicos —como en cualquier círculo de ideas lo hacen los investigadores involucrados[161]—. Por eso los contenidos de las materias resultan inútiles. Arjo Klamer y David Colander hicieron una encuesta al respecto entre graduados de las «top universities» de Es-

[160] TH. S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México 1971, p. 148.

[161] Cfr. A. S. EICHNER, *Why Economics Is Not Yet a Science?*, pp. XII, 6, 7, 225-235, y los artículos de J. R. Stanfield y P. E. Earl en el mismo libro.

tados Unidos. Sólo un tres por ciento contestó que se necesita un cuidadoso estudio de la economía para ser un buen economista, mientras que un sesenta y ocho afirmó que dicho cinocimiento es irrelevante[162].

Hace unos meses un profesor titular de finanzas de una universidad alemana que trabaja también en un organismo asesor gubernamental me confesaba, como ejemplo de esta situación, que lo que él enseñaba tenía poca relación con lo que veía en la vida real de la economía. Le señalé que el motivo era quizás que nos pagan por enseñar esto, a lo que asintió. Sin embargo, replicó, algún día pueden darse cuenta, y dejar de pagarnos. Concluimos que nos convendría anticiparnos y comenzar a enseñar la verdad. Aquí también acabamos de este modo, aunque en nuestro caso no sea por el sueldo. El camino puede ser la rehabilitación del estatuto de ciencia práctica de la economía. Somos conscientes de todo el trabajo que requerirá la concreción de estas ideas generales. Pero también de la relevancia de este punto de partida, ya que, como dice Aristóteles en la *Metafísica*, «los que quieren investigar con éxito han de comenzar por plantear bien las dificultades, pues el éxito consiste en la solución de esas dudas anteriores»[163].

RICARDO F. CRESPO

Universidad Nacional de Cuyo.
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

[162] Cfr. D. COLANDER, «The Lost Art of Economics»: *Journal of Economic Perspectives* VI (1992) 196.

[163] *Metaphys.* B 1: 995 a 27-29.